

# EL PROBLEMA DE LA INTEGRACION EUROPEA

## SUMARIO

1. Consideraciones en torno a un sedicente estímulo aunitivo (Bártolo y Pierre Du-bois).—2. Lo aglutinante y lo atomizante en el mundo europeo postbélico.—3. Esta-tismo, dinamismo y revisionismo.—4. La «pequeña» y la «gran» Europa, el rearme alemán y el insularismo británico.—5. La «pequeña» Europa, su proyección nuclear, el reproche parroquialista, esgrimido del Washington, y la lección de Filadelfia.—6. El complejo francés de la resurrección castrense germana y los escrúpulos cons-titucionalistas.—7. La Francia ultramarina, la superestructura política europea y el invocado marginalismo británico (Commonwealth y Unión Francesa). La integración de África en el dispositivo occidental europeo, como medio de esquivar el dilema Washington-Moscú.—8. La integración del mundo occidental, como antecedente de Euráfrica.—9. La Eurasia staliniana y el bicontinentalismo.—10. La S. A. C. como elemento incitador a la desarticulación europea. (Una revolución que afecta a la ortodoxia de las guerras cortas y de las contiendas dilatadas, encarnadas, respectiva-mente, en las geocracias y en las talasocracias).—11. Los peligros de la especulación en torno a la Rusia de Malenkov (la tesis de Maurice Duverger).

1. Nunca se ha hablado con tanta insistencia, como en los momen-tos presentes, de la necesidad de lograr la integración del viejo mundo: tal reiteración puede provenir de dos clases de estímulos, que, por su diferente origen y su no coincidente propósito, conviene caracterizar debidamente. Ambos factores de aglutinación pueden catalogarse de acuerdo con esta plural concepción: o estímulos de tipo orgánico, adap-tados a exigencias de evolución política, y en tal sentido constructivos, o reacción vital instintiva, acentuada ante la agravación de un peligro, que necesariamente ha de revestir la modalidad de emergente y episódica, y conservará vigencia en tanto sea realidad la amenaza que sobre todos los países occidentales se cierne. En un caso, asistiríamos sencilla-mente al nacimiento de un nuevo período histórico europeo, no sólo dotado de posibilidades de permanencia, sino anunciando la aparición de una nueva era, representada por el afán y la necesidad de superar

la noción, limitada y hermética, de la soberanía nacional, cuya prolongada vigencia se consideraría incompatible con la supervivencia de Europa. En el otro supuesto, se tendería simplemente a soslayar los efectos de una amenazadora tormenta, para, una vez dejado ese riesgo a nuestra espalda, reintegrarse a lo que ha sido sistema prebélico de una Europa, todavía perceptiblemente influida por aquella crisis de aglutinación próxima y dispersión remota, que, desde el punto del continente, representó el año de 1848, año en que asistimos a una exacerbadón del sentimiento nacional, a cuyo influjo, si fué posible el recemplazo de la dispersión preexistente por una aglutinación inspirada en el principio de las nacionalidades, no debe olvidarse que las aglutinaciones entonces operadas, limitadas en el orden del espacio, una vez realizadas, implicaban esta previsible consecuencia: oposición entre las naciones, unificadas en mayor o menor medida, a través de lo que Bismarck había de rotular, refiriéndose a Alemania, sistema del hierro y el fuego. En uno y otro caso, se registrarían consecuencias afinadas, bien en una evolución que se exterioriza ruidosamente en 1848, ya en las transformaciones operadas como consecuencia de las dos últimas grandes guerras europeas. Bien se nos alcanza que a nuestra tesis pueden oponérsele reparos, y de ahí nuestro propósito, consistente en considerar esas supuestas objeciones.

Se ha alegado que Europa, con mayor o menor fortuna, desde comienzos del siglo XIV hasta la fecha, de vez en vez, pero con reiteración de propósitos, viene dando muestras de nutrir y articular inclinaciones integradoras. Ese período histórico, con aquel inevitable margen de arbitrariedades, inherente a todo propósito de limitar por dos épocas las actividades humanas, se pretende emparedar entre las doctrinas construídas por Pierre Dubois en 1305 y los actuales proyectos de articulación europea. Tal es, en cierto modo, la tesis desarrollada, en un breve y sustancioso estudio, por John Goormaghtigh (1). De ser cierta la citada versión, la actual inclinación, orientada hacia el logro de la integración europea, equivaldría a un nuevo intento aglutinador, para ser agregado a los que precedentemente se han articulado a lo largo de una historia, que ha durado seis siglos. Resultaría así que ese precedente podría y debería constituir un estímulo, para lo que, en el presente, se han eri-

---

(1) *European Integration*. «Carnegie Endowment for International Peace», Febrero 1953, núm. 485.

gido en voceros de la articulación orgánica de Europa y un antídoto poderoso aplicable a cuantos se obstinan en no desprenderse de criterios inspirados en la supervivencia inflexible de la soberanía absoluta, que otros reputan como un vano intento de prórroga, con notorio ademán anacrónico. De ser cierta la anterior interpretación, resultaría adecuado exhumar lo que han representado tales designios, para así hacer frente a la resistencia de los escépticos y al peso muerto de que son transportistas cuantos se obstinan en galvanizar sistemas indudablemente derogados. Ignorar y desdeñar tales antecedentes, no serviría para otra cosa que, para facilitar la tarea atomizadora de cuantos, con su incomprensión, trabajan con el designio, no ya de prolongar, sino de agravar la inclinación anárquica europea. A nuestro entender, y en lo que atañe a la posible vigencia estimulante de tales antecedentes, tan indeseables como una apología immoderada de los mismos, sería un ademán de desdén compartido por cuantos se han alistado en ese peregrino sector polémico del futurismo —refugio de escépticos o cobijo de los alucinados—, inclinación que, paradójicamente, constituye en definitiva la antesala de su antítesis, es decir, del anacronismo.

A lo que estos antecedentes significan hemos aludido insistentemente en un reciente libro (2), y sin necesidad de reiterar lo que entonces pusimos de manifiesto, conviene, ello no obstante, recordar cómo nosotros, al referirnos a esa tan aducida mitad primera del siglo XIV, época que vió nacer el famoso proyecto de Pierre Dubois *De recuperatione Terrae Sanctae*, no hemos citado a tal autor, ni a Antonio Marini, y sólo incidentalmente a Sully, unos y otros insistentemente mencionados por Goormaghtigh. Acaso tal silencio lo estimen algunos indisculpable, sobre todo si el mutismo afecta a un libro tan aducido como el de Pierre Dubois. Sin embargo, ese mutismo por nosotros guardado, y que para muchos constituirá motivo de reproche, acaso pueda constituir la justificación de nuestra específica tesis, y ello por plurales consideraciones. En el primer tercio del siglo XIV aparecen —entre otros— dos intentos dialécticos, encaminados a probar la razón de ser de la unidad del mundo cristiano; el uno —el de Bártolo—, generalmente silenciado y sólo excepcionalmente valorado en su innegable trascendencia; el segundo —el de Pierre Dubois—, inserto en casi todos los manuales de Derecho

(2) CAMILO BARRIA TRELLES: *El problema de la unidad del mundo postbélico*. San Pedro, 1953.

de Gentes, alusión reiterada y silencio, que, en su contraste, tanto esclarecen el problema que estamos analizando.

Existe una distancia abisal entre aquello que despertaba en Bártolo nostalgias de reinstalación y lo que Dubois aconsejaba. El primero quería hacer frente a un peligro que se generaba en las propias entrañas de Europa, y que en tal sentido implicaba dos consecuencias: 1.<sup>a</sup>, tendencia a reinstalar el pasado imperial, no extraviándose a lo largo de los intrincados y peligrosos caminos del futurismo, como tal impreciso, sino abonando una reinstalación que se propugna con clara noción de la medida y con evidente sentido de adaptación de la idea ecuménica imperial a las realidades de la Europa del siglo XIV; 2.<sup>a</sup>, no extraviarse en el laberinto de una planeada Europa, que resultaría un puro interrogante, sino de apoyar bien firmemente los pies, en lo que fuera realidad, y había evidenciado de qué modo un sistema jerárquico, no de tipo rígido, sino de modalidad elástica, al servicio de un designio trascendente y objetivo y no encuadrados en normas herméticas de implacable supeditación, podía salvar a Europa de la catástrofe atomizadora que sobre la misma se cernía. El propio fracaso de dicha idea y la circunstancia de que en seis siglos de historia no haya sido posible encontrarle sucedáneo, parecen evidenciar que, si pudo ser posible desoír aquella angustiada apelación a la unidad, no resultó tan fácil colmar el vacío que dejaba aquel desdén, propósito a cuyo servicio pudo Europa poner su capacidad aunitiva, sin que al cabo de seis centurias, y al llegar a estos años posbélicos, podamos decir otra cosa que lo siguiente: vivimos la parte epilógica de un período histórico, que exige la adopción de medidas heroicas, para cuya puesta en práctica no estamos, al parecer, preparados, sin duda por ser hoy una vez más los europeos víctimas de lo que los norteamericanos consideran como indisculpable municipalismo o parroquialismo.

Aun cuando cronológicamente coincidente con el propósito aunitivo de Bártolo, designios que animan la construcción dialéctica de Pierre Dubois, si bien tienden, como los de Bártolo, al logro de la reunificación de Europa, difieren de aquéllos en una plural significación:

1.<sup>a</sup> Dubois piensa más en el peligro extraeuropeo que en el propiamente europeo, convirtiendo el primero en primordial y en la misma medida ignorando cuanto encerraba de enorme gravedad la crisis aunitiva del viejo mundo. Dubois prende su inquietud en un peligro exter-

no: el representado por la amenaza otomana, y por ello piensa que Europa, poniendo fin a sus querellas intestinas, debe unirse para lograr la recuperación de los Santos Lugares, tarea concorde que, en definitiva, se traduciría en el robustecimiento de la solidaridad del mundo cristiano. Hay, por tanto, en los propósitos de Dubois una inquietud que podríamos calificar de meramente reactiva e inevitablemente episódica: lo primero como unión no aglutinada en torno a un principio orgánico, sino con vistas a una cooperación ocasional: lo segundo, porque logrado el fin episódico de reconquistar los Santos Lugares y liberar a Europa de la amenazante presión turca, fatalmente en el mundo occidental se registraría una reintegración a su atomización.

2.<sup>a</sup> Porque aquello que pudo constituir anhelo espiritual de Europa, más tarde había de dejar paso a disensiones tan evidentes como otras que se produjeron, precisamente provocadas por las disensiones de los cristianos respecto de sus atribuciones en los Santos Lugares (guerra de Crimea).

De ahí que lo acontecido al iniciarse la segunda mitad del siglo XIV no era, en definitiva, más que la demostración, *a contrario*, de cuanto hay de inevitable episodismo en toda acción europea, impulsada por meros motivos de reacción ante un peligro exterior; una cruzada — como la anticomunista que hoy tiene vigencia en los Estados Unidos— puede ser movimiento instintivo de supervivencia, y en ese sentido portar posibilidades de acción coincidente; pero, como se desencadena siempre contra algo, carece de aquellos factores de tipo orgánico indispensables en todo afán de ambición constructiva. De ahí que, salvando el tiempo y la distancia, el grito de alarma de Pierre Dubois, esencialmente, no discrepe del que ahora escuchamos, proferido en la otra orilla del Atlántico, frente a la amenaza del comunismo, que se nos aparece con ambiciones proselitistas, sin límites en el espacio, y que en esencia no es más que una especie de neoimperialismo de contenido mesiánico, y si aquella advertencia de Pierre Dubois, aun escuchada en parte, no logró deparar a Europa los siglos de paz que de su observancia era lícito esperar, lo propio podemos decir de este ademán posbélico que, pretendiendo hacer frente a un peligro extraeuropeo, carece de aquel sentido constructivo y permanente, capaz de dotar de cierta longevidad el empeño. Estos reparos que formulamos, inspirados en esas experiencias históricas, en el tiempo tan alejadas de nosotros, pero ideológica y po-

lémicamente tan próximas, esperamos verlos fortalecidos, cuando seguidamente intentemos ahondar en el estudio de este problema que se denomina polémica en torno a la posible integración del mundo europeo, cuestión que rebasa ampliamente lo que pudiera considerarse como problema de índole académica, y que ahí está ante nosotros, exigente, insoslayable e incrementado esta terrible angustia posbélica que nos tocó vivir.

2. Se habla, en sentido abstracto, de la integración europea, y esa mención significa, para la mayoría de aquellos que reiteradamente la formulan, lo que sigue: esa propugnada aglutinación del mundo occidental es, ante todo y sobre todo, un problema de voluntad, encaminado a la eliminación de reticencias disgregadoras, y si tal fin amitivo no se alcanza, el fracaso así registrado deberá inscribirse en el haber de cuantos parecen obstinados en lograr la prórroga, perturbadora, de puros criterios anacrónicos. Diríamos que si perfilásemos el problema en el sentido referido, ello nos induciría a ser víctimas de un peligroso error interpretativo, ya que equivaldría a ofrecer una versión recusable de lo que es en la actualidad esa interrogante de la integración europea. Acaso la actual inclinación del mundo posbélico hacia cuanto signifique aceptación de un dilema Este-Oeste, es en gran parte responsable del fenómeno que denominaríamos afán de simplificación sistemática y ansia censurable de desear aquello que, a nuestro entender, no puede ser empequeñecido, reduciéndolo a un puro dilema, y si el lector sospecha que tan censurable como la manía desecadora es la idea fija orientada a la conversión de lo que es fácilmente captable, en innecesariamente complejo, permítasenos la formulación de un ruego: consultar lo que seguidamente aducimos antes de caer en el peligro de respaldar posiciones dialécticas precipitadas. A este propósito séanos permitido formular las dos siguientes preguntas: 1.<sup>a</sup> ¿Esa receta tan extendida, propugnando la inaplazabilidad de la aglutinación occidental, debe y puede considerarse como específico ademán cronológicamente posbélico y dialécticamente peligroso, como lo es cuanto encierra la condición de inédito? 2.<sup>a</sup> ¿Qué elementos preponderan actualmente en el seno del mundo occidental, los amitivos y los dispersivos? Dar cumplida respuesta a las enumeradas interrogantes, vale tanto como penetrar en las esencias

de lo actualmente debatido, y puede servir incluso como elemento esclarecedor de esta nebulosa situación posbélica.

En lo que atañe a la primera pregunta, debemos decir que no hay nada de inédito en el propósito. Vivió a lo largo de seis siglos en el espíritu de los grandes pensadores, con tanta más acentuada exigencia cuanto más evidente era la crisis de aglutinación padecida, según lo percibían quienes pretendían erigirse en voceros de la integración europea. En este sentido el actual período posbélico es acaso más exigente que ninguno de cuantos han sido realidad a lo largo de seis centurias. De ahí que la actual peligrosidad posbélica no emane de su ineditismo, sino más bien de su perentoriedad; la perentoriedad es siempre antesala de la improvisación, y tal estado de espíritu no parece el más adecuado para salir con bien de un propósito constructivo, por cuanto, ante situaciones de emergencia, más bien nos inclinamos por la táctica del ataponamiento, prefiriéndolo a otro más deseable, consistente en completar lo reactivo con lo constructivo, dando primacía el segundo respecto del primero. No es lo mismo concebir propósitos creadores, con vagar y amplio margen temporal, que articularlos, en una especie de carrera contra reloj, que si algo estimula en nosotros es la celeridad del esfuerzo final, anhelo que no es precisamente el complemento indicado para desenlazar en un epílogo venturoso.

La segunda de las dos reseñadas interrogantes es sin duda la más compleja, y por ello requiere de nuestra parte una más acentuada atención. Se aprecian en este período posbélico factores de diversidad, cuyo conjunto explica su acentuado contenido complejo. Tales factores son los de proximidad, los de posicionalidad geopolítica y aquellos que se traducen en la desorientadora consecuencia de cobijar pluralmente fuerzas claramente estáticas y factores innegablemente dinámicos. A esa especie de trilogía conviene dedicar un determinado número de apostillas, traídas a estas páginas con propósitos de esclarecimiento.

En la Europa occidental lo que prima no es el afán constructivo, nacido en el seno del viejo mundo, en cuanto fuerza autónoma y desligada de toda proyección ajena al llamado mundo libre. De lo que se trata, por lo menos en el orden de la emergencia, es de hacer frente a un peligro exterior, y esa reacción parece natural que debiera ser tanto más adecuada cuanto más acusada resulta la contigüidad geográfica respecto de eso que se ha denominado mundo satelitizado. Sin embargo,

ello no es así: la contigüidad respecto del mundo soviético ha engendrado, ante todo, la absorción realizada en beneficio de Rusia, a expensas de los pueblos limítrofes. Esa experiencia consumada constituye para los que tras esas anexiones han pasado a ocupar el lugar de lo peligrosamente contiguo o próximo, una lección ante la cual era preciso tomar posición. Hipotéticamente, parece natural que ante el peligro común no debiera registrarse otra reacción, por parte de esos pueblos citados, que la de articular la defensa, uniéndose todos los pueblos amenazados. Sería ésta la postura más explicable: pero resulta que esos pueblos, situados ante dos riesgos, el de su absorción por parte de la U. R. S. S. y el de su inscripción en el mundo occidental y reactivo, los más amenazados por razones de contigüidad tienden a huir de la antítesis o pretenden vivir la vana ilusión de que, adoptando una posición de equidistancia respecto del dilema, podrían salvarse de la tormenta; tal es el caso de Suecia y Finlandia, el primero como contiguo y el segundo como próximo, ambos sistemáticamente alejados de cuanto implique organización defensiva europea, planeada a escala continental. Tal postura no sólo es peligrosa por lo que intrínsecamente representa, sino en cuanto puede constituir un estímulo, incitando a la aparición de similares ademanes de inhibición en otros sectores de Europa: es así como se han generado ciertos movimientos neutralistas en el viejo mundo, especialmente en Francia y Alemania, neutralismos que no representan otra cosa que el ansia de huir de la antítesis Washington-Moscú. A tales inclinaciones inhibitorias hemos dedicado atención en otro trabajo, y al mismo nos referimos, adversarios, como lo somos, de consignar criterios reiterativos (3).

3. De una innegable novedad es portador el actual mundo posbélico, ya que así como en los años 1918 y siguientes hemos presenciado la distanciada situación polémica de vencidos y vencedores, éstos propugnando la idea de seguridad, que es en el fondo inclinación quietista, y aquéllos erigiéndose en campeones del revisionismo respecto de tratados de paz considerados como injustos, ahora, en primer término, no existen convenios de paz, y, de otro lado, en un mismo campo defensivo se ins-

---

(3) Véase CAMILO BARCIA TRELLES: *El problema de la unidad del mundo posbélico*. San Paulo, 1953.



criben Estados de inclinaciones estáticas y naciones irremediabilmente inclinadas a respaldar movimientos dinámicos; tal es el caso de Francia y Alemania como ejemplos específicos de lo estático y lo dinámico. Alemania es signatario del tratado —no aún vigente— de la Comunidad Europea de Defensa; no Alemania en su integridad, sino la Alemania de Bonn. Ahora bien: esta Alemania federal no puede resignarse a actuar indefinidamente, arrastrando su actual excisión, y propenderá inevitablemente a lograr su unidad. La unidad de Alemania no podrá realizarse sin incluir en la misma aquellos territorios que, siendo germánicos, no pueden quedar definitivamente desligados de una nación que pretende reinstalar su integración prebélica. De ahí nace una inclinación revisionista, que así como en el pasado período posbélico se esgrimía frente a los vencedores de Occidente, ahora se abre paso en el seno del mundo occidental, mundo que, a su vez, se encuentra en una posición, *más que incómoda, contradictoria, por cuanto en los acuerdos de Teherán y Yalta ha consentido esas alteraciones territoriales a expensas de la integridad alemana y en exclusivo beneficio de Rusia.*

Ello explica que al tratado instituyendo una Comunidad Europea de Defensa se le haya dado carácter estático, y que en sus cláusulas no se dé pie para ningún propósito revisionista, y como es absurdo pensar que Alemania ha de resignarse con la prolongación de su actual merma territorial, ello la impelerá necesariamente a buscar una solución para tal problema, supeditando, en último recurso, los procedimientos ideados para alcanzar tal fin a sus propósitos aunitivos epilógicos. Así como de Rusia se ha dicho que desde hace dos siglos y medio viene practicando una política pendular, unas veces concentrada su atención en Occidente y otras tendida hacia el Extremo Oriente, lo propio puede afirmarse de Alemania, en lo que hace relación al actual mundo posbélico. De ahí que, cuando la política alemana ha querido huir del dilema, se haya visto obligada a respaldar normas de evidente provisionalidad, que si momentáneamente alejaban la citada antítesis, no lograban desplazarla definitivamente. Tal había sido el caso de la política internacional alemana, dictada por el quietismo posbélico del Canciller de Hierro, traducida en la versión del Pacto de los tres emperadores, remedio epistólico desdeñado bien pronto cuando Alemania condenó, por anacrónica, la tesis bismarckiana para reemplazarla por una política apoyada en Occidente — la triple alianza— y destinada a proyectar su dinamismo con

vistas a una posible expansión, a medio de penetración posible en tierras bálticas.

Por ello es en vano que en el tratado instituyendo la Comunidad Europea de Defensa se intente inscribir cláusulas que, por omisión, implícitamente resultan ser condenatorias de toda aspiración irredentista alemana. Por encima de la artificiosidad de cláusulas quietistas está el inevitable dinamismo de un pueblo que sabe hasta qué punto la reconquista de su protagonismo histórico no puede ser realidad sin la previa unificación del mundo germánico. Esos elementos de contradicción registrados en el seno del mundo occidental, constituyen factores opuestos a la aglutinación de Europa, si ésta ha de asentarse sobre el *statu quo posbélico*.

4. Otra manifestación específica de que en esta Europa posbélica, que se dice dispuesta a lograr su integración, todavía tienen beligerancia evidentes fuerzas disgregatorias o, por lo menos, divergentes, nos es ofrecida por la existencia de dos Europas, dentro del marco rotulado con la denominación genérica del mundo extrasoviético. Así se nos habla de una «pequeña» y una «gran» Europa; la primera integrada por seis naciones (Francia, Italia, Alemania occidental, Bélgica, Holanda y Luxemburgo); la segunda alcanzando una pluralidad de naciones (Alemania oriental, Austria, España, Dinamarca, Finlandia, Gran Bretaña, Grecia, Islandia, Irlanda, Noruega, Portugal, Suecia y Suiza). Esto es, que trece naciones europeas quedarán al margen del proyecto defensivo de inmediata realización — el Tratado de París de 27 de mayo de 1953—. Acaso se arguya en el sentido de que la séxtuple o pequeña Europa no sería un fin en sí mismo, sino que ha de considerarse como base nuclear para que en torno a esa pequeña Europa fuesen agregadas las otras trece naciones hoy marginales. Tal versión nos parece objetable, por más de un motivo. Ante todo, debemos prestar atención al ademán simbólico de Francia, tendiente a lograr la integración de Inglaterra en el Tratado de 27 de mayo de 1953.

Ello da a entender, de manera evidente, que en Francia persiste lo que denominaríamos obsesión de seguridad, inquietud que ya fuera realidad al epilogar la guerra europea número uno y que Francia creía eliminable, mediante lo que había de ser y no fué, tratado de garantía anglo-franco-norteamericano de 1919.

# IMPORTANCIA DE UNA ALEMANIA REUNIFICADA EN EUROPA

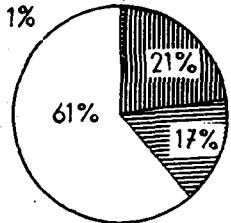
## POTENCIAL ECONÓMICO

PRODUCCIÓN ANUAL DE EUROPA, EXCLUIDA LA U.R.S.S.

### CARBÓN

TOTAL: 600,8 MILLONES T.M.

ALEMANIA E. → ALEMANIA W.:

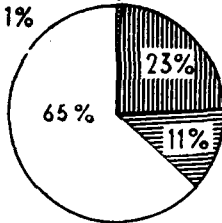


EUROPA W. EUROPA E.

### ACERO

TOTAL: 68,4 MILLONES T.M.

ALEMANIA E. → ALEMANIA W.:

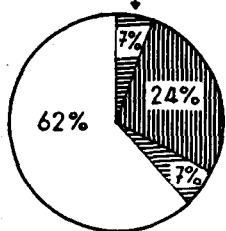


EUROPA W. EUROPA E.

### MINERAL DE HIERRO

TOTAL: 53,0 MILLONES T.M.

ALEMANIA E. → ALEMANIA W.:

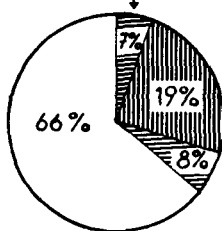


EUROPA W. EUROPA E.

### ELECTRICIDAD

TOTAL: 29,7 BILLONES KWH.

ALEMANIA E. → ALEMANIA W.:

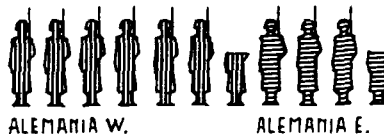


EUROPA W. EUROPA E.

## POTENCIAL MILITAR

CALCULADO SEGUN LOS EFECTIVOS DE LA 2ª GUERRA MUNDIAL

ALEMANIA



REINO UNIDO



FRANCIA



OTRAS NACIONES DE EUROPA OCCIDENTAL



EUROPA DEL ESTE



CADA SÍMBOLO EQUIVALE A UN MILLÓN DE HOMBRES

En el período abarcado por los dos últimos años de la segunda guerra, se intentó reemplazar lo que llamaríamos táctica de la garantía extracuropea y extracontinental (ya que la garantía consistiría en obtener promesas de colaboración, con vistas a la seguridad ofrecida por Estados Unidos e Inglaterra) por el sistema de la integración alemana en el dispositivo defensivo del occidente europeo. Mas como la integración alemana había de articularse en función de la amenaza rusa, ello implicaba la inesquivable consecuencia de que Alemania debía ser rearmada, rearme que porta en sus entrañas, según la versión francesa, el peligro de que tornase a ser realidad la *Wehrmacht*, de lo cual parecía inducirse que el sistema de la integración no excluía la exigencia de las garantías solicitadas por Francia en Londres y en Washington. Esa ausencia de resolución, por parte de Francia, para intentar que la tradicional amistad franco-alemana fuese reemplazada por una colaboración, a la cual había de asignarse un fin defensivo y constructivo a la vez, dejaba vigente el condicionalismo que Francia reflejaba en sus protocolos adicionales al Tratado de 1952, y a los cuales haremos alusión en momento oportuno. Estos protocolos no constituyen en esencia más que una manifestación de la inclinación francesa en busca de la que Francia estima ser su seguridad. Lo cual explica que, pese a la aparición del condicionalismo francés, a través de sus reservas y enmiendas al tratado de 1952, París insistiese en su aspiración, tendiente a lograr la participación activa de Inglaterra en el dispositivo europeo de defensa. Tal solicitud parece evidenciar de qué modo Francia no ha percibido adecuadamente cuál es la posición peculiar de Inglaterra respecto de Europa, postura que, como veremos, impide a Gran Bretaña convertir en realidad su adscripción a la Europa continental, al menos con propósitos de permanencia. Esta resistencia británica a aceptar las solicitudes francesas no debe inscribirse, como se hace generalmente, en el haber del denominado insularismo británico que Andrés Siegfried define así: «Inglaterra es un buque fondeado en las costas europeas, pero siempre en condiciones de levar anclas.» Que el llamado insularismo británico, de ambición sistemática, haya sido realidad en los días de opulencia imperial, coincidentes con el denominado expensivo aislamiento victoriano, nos parece innegable; pero es igualmente cierto que en el seno de Albión se ha operado una honda transformación, en lo que atañe a la caracterización de su misión

internacional, a lo largo del período que subsiguió a la primera guerra europea.

Aquella transformación no impidió una acentuación del insularismo británico, sino más bien un incremento de lo que denominaríamos su oceanismo, generado a la sombra del Estatuto de Wetsminster y reflejado en la constitución de la *British Commonwealth of Nations*, y si hoy Francia, con un imperio colonial menos maduro y no tan articulado como el británico, alude insistentemente al problema que para ella representa la necesidad de compaginar su misión, en cuanto potencia colonial, con la posible articulación económica, militar y política de la Europa occidental (no se olvide que, en buena parte, los protocolos adicionales al Tratado de 27 de marzo de 1952 están inspirados en la consideración de que Francia tiene deberes ultramarinos que es preciso acoplar a sus obligaciones específicamente europeas), es Francia la nación que más fácilmente debe hacerse cargo de cuanto hay de complejidad en la trayectoria internacional británica, política exterior que tiende a establecer un posible acoplamiento de obligaciones, referidas unas a la tierra firme europea, conectadas otras a los Dominios y relacionadas algunas con su condición de potencia perteneciente a la comunidad atlántica.

Gran Bretaña, además, intenta apoyar su política internacional sobre realidades que, como tal, resultan insoslayables, y ese practicismo explica en Inglaterra se mire con explicable aprensión la proliferación de planes de articulación europea, proyectos que, a medida que se suceden y acumulan, incrementan la desorientación del hombre de la calle europeo, perdido a través de esa maraña de proyectos, unos en período inicial de realización, otros en mero esquema, y todos concurriendo en el sentido de complicar un problema ya de por sí inquietantemente complejo.

5. Debe además tenerse en cuenta que, a través de los tratados de alianza concluídos en el período posbélico (Tratado de Dunkerke de 4 de marzo de 1947 y Tratado de Bruselas de 17 de marzo de 1948), se perfilaba la figura del potencial agresor, que originariamente se vinculaba a Alemania y posteriormente se refería generalmente a toda posible agresión, alteración engendrada a impulsos de la desactualización de los Tratados concluídos por Inglaterra y Francia con la U. R. S. S., respectivamente, de 26 de mayo de 1942 y 10 de diciembre de 1944. Así

se comprueba teniendo en cuenta que el Tratado de alianza franco-británico de 4 de marzo de 1947 se ha concertado con vistas a una posible y específica agresión *alemana* (preámbulo, apartado quinto, artículos 1.º y 2.º, párrafos 2 y 3), en tanto en el Pacto de Unión occidental de 17 de marzo de 1948, si bien excepcionalmente se alude aún a la agresión *alemana* (preámbulo, apartado 7 y artículo 7, apartado 2.º) en esencia lo que se trata es de evitar una agresión *in genere* (preámbulo, apartado 6 y artículo 4.º).

De lo anteriormente expuesto parece posible inducir que, habiéndose contraído los tratados de alianza de Londres y Moscú, con el propósito específico de hacer frente a una posible recidiva del militarismo alemán, a medida que se polarizaba el peligro en la marcha progresiva de la expansión rusa, realizada a través del satelitismo, en la misma proporción se dedujo que, proviniendo el peligro del Este, se imponía no prender la atención en la potencial amenaza alemana, cada vez más desactualizada, y transformar aquel temor, ahora desplazado, en punto apoyo para inscribir a la Alemania occidental en el dispositivo de defensa de la Europa occidental. Sólo así cabe explicar la evolución referida, y cuanto implicase no aceptar esa alteración en la localización del peligro, valía tanto como embarcar a Europa en la aventura de su irremediable desastre.

Además, esa táctica reiterativa de condicionar la cooperación alemana equivalía a prorrogar temporalmente un problema que no puede ser indefinidamente aplazable, a saber: que a Alemania no le será dable sostener su posición indecisa entre el Este y el Oeste, e inevitablemente ha de hacer frente al siguiente dilema: o la unidad alemana —epílogo que todos los alemanes añoran— ha de hacerse apoyándose en el Oeste (lo cual quiere decir que el Tratado de 27 de mayo de 1952 a largo plazo puede constituir punto de apoyo, no sólo para unir las dos Alemanias, sino para rescatar los territorios hoy incluidos en el área polaco-rusa) o la Alemania del Este ha de alcanzar la primacía en la tarea de unificación, epílogo que automáticamente implicaría el abandono del Tratado de 27 de mayo de 1952.

Insistiendo sobre la tesis, a virtud de la cual la base nuclear de la unificación del mundo europeo puede y debe encontrarse en la llamada «pequeña Europa», es decir, en la acción conjunta y acorde de Alemania Federal, Italia, Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, ha de tenerse en cuenta que difícilmente puede erigirse en aglutinante europeo

una séxtuple organización que no ha logrado aún su específica aglutinación, y si llega a alcanzarla, ello será a base de un condicionalismo tal que, en definitiva, más primará el factor suspicacia y desconfianza que el ansia de cooperación, sin reservas ni segundas intenciones. Ello quiere decir que las apuntadas consideraciones, explicativas del marginalismo de otras naciones europeas, se verán fortalecidas en la misma medida en que se evidencia la incapacidad de los seis firmantes del Tratado de 27 de mayo de 1952, con vistas a llevar a buen término sus propósitos de articulación solidaria. Que se erijan en voceros de la articulación europea los que tantos reparos han opuesto a la práctica de una acción conjunta y circunscripta, parece totalmente inadecuado.

Además, téngase presente que la actual tendencia hacia la constitución de un núcleo acorde en el occidente de Europa se debe, más que a la específica iniciativa de los llamados a integrarlo, al estímulo proveniente de la orilla americana del Atlántico, desde donde se reprocha a Europa su municipalismo, y no se comprende cómo este puede prorrogarse cuando su prolongación puede implicar un evidente peligro para aquellos que parecen obcecados en lograr la galvanización del actual estado de cosas. No es éste el momento de tomar posición respecto a lo que pueda existir de consistencia dialéctica en esos reproches norteamericanos — que oportunamente valoraremos —, pero lo cierto es que en fuerza de ser reiterados por quienes los aducen, éstos han llegado a la conclusión de que la suerte de Europa pende esencialmente de la puesta en vigor del Tratado de 27 de mayo de 1952. De ahí una consecuencia relevante: si ese propósito de aglutinación se malogra, posiblemente se presenciaria en Norteamérica un incremento de la presión neoaislacionista, y ello deparará una coyuntura a los partidarios de la estrategia periférica, y a tenor de la cual si Europa no ofrece pruebas evidentes de articularse, mediante la acción concorde de los seis firmantes del Tratado de 1952, Norteamérica pensará que no le queda otro recurso que el organizar la defensa de Europa con base en la periferia del viejo mundo, tesis que parece ahora reforzarse con la reciente firma del Tratado de Ankara, base de una posible y prolongada cooperación de Yugoslavia, Grecia y Turquía. Así tornarían a reactualizarse las concepciones de la estrategia periférica, apoyándose Norteamérica en Inglaterra, España, el Norte de Africa y en los países signatarios del acuerdo de Ankara. Tal epílogo, que no debe considerarse como lejano y menos aún imposible.

constituiría para Francia una pérdida, sin posible recuperación inmediata, de su protagonismo; para Alemania la necesidad de orientarse hacia realizaciones al margen de la acción «de los seis», y para Rusia una facilidad de maniobra tal, que la «guerra fría», sedicentemente atenuada al producirse la desaparición de Stalin, encontraría nuevos motivos de fortalecimiento y evidentes coyunturas de acentuada presión, frente a la cual resultaría acaso impotente la política de contención, que, pese a su carácter estático, mejor o peor, rindió sus frutos, aun siendo éstos inevitablemente limitados, como es natural tratándose de una versión técnicamente estática.

Norteamérica, con perceptible reiteración, hace hincapié en la consideración siguiente: si los Estados Unidos pudieron ser realidad en Filadelfia, donde se huyó del peligro de la atomización y fué dable alcanzar el fruto de una integración lograda a escala continental, no se explica cómo Europa, pese a las coyunturas históricas a su disposición que vienen ofreciéndosele desde 1648, ha mostrado su incapacidad para poner fin a un parroquialismo, que en definitiva no es otra cosa que feudalismo a escala nacional. Se parte así de un supuesto indemostrado y acaso indemostrable: el que las guerras en Europa registradas desde 1648 son, cuando se las enfoca desde la otra orilla del Atlántico, pugnas, no internacionales, sino contiendas de tipo civil, no sustancialmente distintas a las sostenidas en los Estados Unidos entre el Norte y el Sur, y se añade que si hay identidad en los presupuestos, no se concibe cómo no se registra un parecido epílogo, y qué causas explican el que Europa, o por lo menos una parte de la misma, si tiene voluntad de integración, no logre alcanzarla al cabo de tres siglos de coyunturas.

6. A tal objeción respondía, afortunadamente en parte, el *New York Times* (16 septiembre 1952), al argüir en el siguiente sentido: «En la convención de Filadelfia participaban Estados que habían emergido de lo que antes era una sola soberanía - la británica— con idénticas instituciones fundamentales, hablando el mismo idioma, y que habían luchado unidos para alcanzar una común independencia, en tanto en Europa tropezamos con Estados titulares de una soberanía nacional desde hace más de cuatro siglos, cuyo proceso histórico es distinto, cuyas instituciones básicas no coinciden, hablando idiomas diferentes y luchando entre sí en reiteradas coyunturas.» A lo aducido podría agregar el *New York*



*Times* otras consideraciones de no menor relevancia, y entre ellas las que subsiguen: Europa buscó su integración a través de una serie de acuerdos, tratados y proyectos; lejos de indagar su aglutinación en sus elementos constitutivos, consideró preferible agruparse frente a peligros posibles, y así nacieron los Tratados de Dunkerke de 4 de marzo de 1947 y el de Bruselas de 17 de marzo de 1948, uno y otro de carácter defensivo y reactivo; de esa misma condición participa el convenio, que fué realidad gracias a la iniciativa norteamericana: el del Atlántico de 4 de abril de 1949. Dichos pactos no perseguían como finalidad el logro de una superestructura permanente y orgánica, sino que su objetivo se cifraba en precaverse frente a un peligro exterior, sin cuyo incentivo no podría explicarse la aparición de los convenios referidos.

Faltaba, por tanto, a Europa una realidad que posibilitase su aglutinación, sin cuyo incentivo, y ante esa carencia, asistimos a la aparición de una serie de acuerdos cuya finalidad no era otra que el suplir un estímulo inexistente. Ello puede decirse de la Comisión Económica para Europa —marzo de 1947—, de la Organización de la cooperación europea —16 de abril de 1948—, de la autoridad internacional del Ruhr —28 de diciembre de 1948—, del Consejo de Europa —5 de mayo de 1949—, del *pool* del carbón y del acero —18 de marzo de 1951— y del tratado instituyendo la comunidad europea de defensa —27 de mayo de 1952—. Esos acuerdos y convenios, aparentemente complementarios, en realidad sólo han servido para complicar un problema, ya de por sí complejo, y sobre todo se tradujeron en la consecuencia de restar a esos convenios y proyectos el apoyo popular, ya que la opinión europea no sentía otra cosa que su propio extravío, prendida en esa malla pactista.

Aparte lo expuesto, otra consideración, acaso de mayor volumen que las precedentes, es la que sigue: Europa, al emprender el camino conducente a su posible integración, invirtió el sistema y colocó, como dicen los franceses, la carreta delante de los bueyes. Ello es de fácil demostración. Europa, cronológicamente, pensó ante todo en organizarse industrialmente —18 de abril de 1951—, y sólo un año después firmó —sin ratificarlo hasta el presente— un convenio destinado a la creación de un ejército europeo. El primero de los citados convenios podía nacer a la vida sin afectar peligrosamente a las suspicacias nacionalistas de los Estados participantes, o por lo menos, si las alcanzaba, era en medida en cierto modo tolerable. No sucedió lo mismo con el tratado insti-

tuyendo la comunidad defensiva europea. En ese caso se afectaba de lleno a una actividad, considerada como atributo soberano específico de cada uno de los Estados participantes, a saber, la organización de las fuerzas armadas: ello dió pie a los disconformes para manejar la tesis de las incompatibilidades: elegir entre la C. E. D. (Comunidad Europea de Defensa) y los ejércitos nacionales; tal antítesis la consideraban algunos intérpretes como portadora de un peligroso aditamento: lo que para Francia se consideraba como renuncia irremediable a controlar soberanamente sus fuerzas armadas y constituía coyuntura para la reaparición de la *W ehrmacht*, dándose así la peligrosa coetaneidad de lo que se reputa como internacionalización del ejército francés y reaparición del ejército alemán. Esa obsesión francesa, a cuyo tenor no se puede lograr la integración de Alemania en el ejército europeo, sin que ello implique reaparición de la hegemonía alemana, ha inducido a algún crítico a formular preguntas tan desmesuradamente angustiosas como la siguiente: *¿La constitution française autorise-t-elle la disparition de la France? (4)*. Es interesante referirse a la técnica dialéctica del citado artículo, aun más que por la coherencia de su argumentación, en cuanto puede ser eco de un estado de opinión bastante compartido por distintos sectores políticos de Francia. Por tal motivo no resistimos al deseo de ofrecer al lector un esquema de lo que contiene como tesis el trabajo referido.

Ante todo una alusión al artículo 8.º de la C. E. D., donde se dispone la supervivencia de las instituciones en la C. E. D. contenidas, en tanto no se establezca una estructura, federal o confederada, de los Estados signatarios. Así se prevé que el contenido de esa planeada superestructura política se generará nutriéndose a expensas de la soberanía de cada uno de los Estados firmantes, y para demostrar cómo esos propósitos, superadores de la soberanía nacional, pueden resultar incompatibles con las actuales disposiciones constitucionales francesas, se citan los artículos 1.º y 3.º de dicha constitución, que propugnan, respectivamente, la indivisibilidad de Francia y la encarnación de la soberanía en el pueblo francés: la indivisibilidad no ha de entenderse solamente en el sentido de integridad territorial, sino en la de la no enajenación de la soberanía; sólo el pueblo francés es titular de la soberanía y no puede ésta vincularse a los que episódicamente la ejercen —el Gobierno—. Por tanto, la vigencia de tales artículos sólo puede ser afectada si se procede

(4) ALBERT DUCOFF: *Le Monde*, 22-23 marzo 1953.

a su inexcusable revisión constitucional; pero, en tanto ésta no se lleve a efecto, la vigencia de tales disposiciones es innegable.

Es cierto que Francia, en el preámbulo de su Constitución, se muestra dispuesta a consentir limitaciones de soberanía, mas a base de reciprocidad: pero tal correspondencia no existe en los instantes presentes, ya que Alemania ingresa en la C. E. D. sin contar con un ejército, ni ser siquiera portadora de unidad nacional; su ingreso se traducirá en la consecuencia de acrecentar su fuerza militar y de posibilitar su unidad política inexistente. Francia, en contraste, abandona su soberanía militar y se excinde al separar sus responsabilidades metropolitanas de las ultramarinas: existe, por tanto, desigualdad manifiesta y falta de equiparación en los sacrificios consentidos por los dos citados signatarios. Lo cual quiere significar que Francia, a menos de conculcar lo que establece el preámbulo de su Constitución en materia de abandono de soberanía, si se obstina en ratificar la C. E. D., debe previamente proceder a una revisión constitucional, y en tanto ésta no se realice y subsistan las actuales disposiciones, Francia no puede ratificar el tratado de la C. E. D., porque esto último no sólo implica una limitación de la soberanía, sino un abandono de la misma; esto aparte, es preciso tener en cuenta que el tratado de la C. E. D. afectará a la Francia ultramarina y será preciso decidir si el imperio colonial francés ha de ser absorbido por esa Europa federada o si habrá de establecerse una separación entre ambas Francías. Cuando las constituyentes de 1946 --añade Luquet-- proclamaron su voluntad de renunciar a una parte de la soberanía, no lo hicieron de modo incondicional, sino pensando en que otros Estados seguirían la misma orientación: tal generosidad no se vió correspondida, y por ello Francia, ante la carencia de reciprocidad, no pueden consentir limitaciones que están claramente condicionadas.

Como puede deducir el lector de la tesis que dejamos resumida, se involucran aquí problemas que sólo a Francia interesan, con otros que tienen alcance extranacional. Respecto a los primeros, y especialmente en lo que afecta a la compatibilidad de la Constitución francesa, con la ratificación del Tratado de 27 de mayo de 1952, es esta cuestión que Francia debe resolver autónómicamente. Ahora bien: lo que no puede rehuirse es la siguiente consideración: no es el mundo europeo extrafrancés el que presiona a Francia, para ratificar un pacto que se le ofrece, sin haber esta última participado en su formación; el tratado de la

C. E. D. es de inspiración francesa, y por ello resultará difícilmente explicable que el animador e instigador de tal convenio sea el que ahora opone reparos al mismo, cuando esas objeciones no han aparecido hasta el presente en los otros países signatarios — y si hicieron acto de presencia se laboró para lograr su eliminación —, la mayoría de ellos portadores de constituciones posbélicas, como es el caso de Italia y de Alemania del Oeste. No consideramos como explicación satisfactoria aquella que consistiría en decir que los otros signatarios del Tratado de 27 de mayo muestran una absoluta indiferencia en lo que atañe a la preservación de sus derechos soberanos, y que sólo Francia es portadora de suficiente vigencia para darse cuenta de que esos proyectos federalistas equivalen a su desaparición. Acaso resulte más adecuado decir que los otros signatarios se han dado cuenta de una evidencia: que no es posible pensar en la organización e instauración de superestructuras nacionales sin aceptar la consecuencia inesquivable de que éstas no son factibles si los Estados que deben integrarlas no renuncian a una parte de su soberanía, la necesaria para proveer de contenido a esa superestructura, que en otro caso sería algo así como un guiso de liebre sin liebre. Con ser tan grande la sutileza de los juristas franceses, no estará a su alcance el confeccionar una fórmula que permita compaginar la vigencia, plena e incondicional, de su soberanía nacional con la tarea de construir una superestructura de alcance paneuropeo.

7. Se hace hincapié en otra disposición constitucional que proclama la indivisibilidad de Francia, norma que, por otro lado, no es disposición singular, ya que, en mayor o menor medida, se encuentra en todos los códigos fundamentales al proclamar la integridad territorial de la nación, y se aduce que existen dos Francias, la metropolitana y la colonial, duplicidad que deberá ser afectada por los proyectos europeos de ambición federalista, ya que habrá que decidir si esa Francia plural habrá de excindirse, perteneciendo la ultramarina a la metrópoli, en cuanto patrimonio exclusivo, y no alcanzado por los planes federalistas europeos, o si habrá de integrarse en el dispositivo europeo de defensa, y sobre todo articularse como complemento económico de una Europa confederada. Es éste un problema que, por encerrar innegable relevancia, merece ser considerado cuidadosamente.

Es en Francia donde, por distintos motivos, se abrió paso una tesis, a

cuyo tenor el sedicente dilema Washington-Moscú no agota todas las posibilidades al alcance de este mundo europeo posbélico; es así cómo se generó una tendencia neutralista a la cual dedicamos atención en otro lugar (5). Ahora bien: no puede hablarse de neutralismo en sentido singular, ya que a tal calificación se opone su contenido complejo; existe un neutralismo que denominaríamos anacrónico, y por tal inviable, ya que oculta simplemente lo que es en realidad nostalgia dirigista francesa, que, por contraste y acaso siendo portador de una evidente contradicción temática y finalista, aspira a eliminar la antítesis entre dos mundos, y, una vez alcanzado tal designio posibilitar la coexistencia de dos Estados que muchos consideran como incompatibles. No es sorprendente esa reacción dialéctica de Francia, ya mostrada en otras coyunturas, y que consiste en especular en torno a supuestas e insoslayables disyuntivas que puedan ser atenuadas a través de la acción mediatriz de Francia. Es la tesis sostenida por Briand pocos días antes de reunirse en Washington la Conferencia de 1921-1922 (Tratados de 13 de diciembre de 1921 y 6 de febrero de 1922, o tratados de las nueve potencias), especulando entonces apoyado en lo que él consideraba como hostilidad latente entre Japón y Norteamérica, coyuntura que Francia consideraba posible aprovechar, requiriendo, a cambio de sus buenos oficios, el que al determinar la proporción de fuerzas navales en el Mediterráneo se evitase la equiparación de Francia e Italia, concediendo primacía a Francia. Ello parece indicar que Francia, en los períodos posbélicos, parece destinada a producirse, impelida por complejos de inferioridad; en 1921, a propósito de Italia, como ahora relativamente a la Alemania de Bonn.

Precisamente la fragilidad del neutralismo francés radica en esa inclinación, que consiste en lograr su conexión a la obsesión de galvanizar el protagonismo francés. Ello da a entender que Francia no ha sabido percibir otra coyuntura, que facilitaría, si no la prórroga imposible de su protagonismo destacado, cuando menos serviría de manera indudable la causa, por otro lado defendible, de eliminar la disyuntiva Washington-Moscú, posibilitando así la aparición de una tercera fuerza, punto de arranque a la vez adecuado para la restauración del equilibrio político posbélico. Consistiría el procedimiento en insertar la Francia de ultramar —especialmente la africana— en la superestructura europea, como

5) Véase CAMILO BARCIA TRELLES: *El problema de la unidad del mundo posbélico*. San Paulo, 1953.

complemento necesario de la misma y como medio de lograr el fortalecimiento del mundo occidental. Bien se nos alcanza que esa solución provoca la aparición de juicios discrepantes en Francia, reparos que no carecen en absoluto de fundamento.

A este efecto se alega que Inglaterra, instada reiteradamente por Francia para ingresar en la proyectada organización supranacional europea, alega, como causa impeditiva, su conexión al imperio ultramarino, que le veda adscribirse a Europa, como le es dable hacerlo a naciones que no cuentan con esas prolongaciones ultramarinas. Esa alegación británica ha dado pie a determinados argüidores franceses para alegar que aquello que se considera adecuado, esgrimido por Inglaterra, no existe razón para no hacerlo extensivo a Francia, y explicarse el por qué dicha nación se resiste a que un patrimonio específicamente francés pueda ser integrado en la denominada Europa de Estrasburgo. Nos hacemos eco de la alegación y a la misma queremos referirnos seguidamente con la posible objetividad.

Ante todo, debe tenerse presente que Inglaterra, cuando alude a sus prolongaciones ultramarinas y a los deberes que con las mismas tiene contraídos, no aduce en sentido genérico, ya que el III Imperio británico está integrado por elementos que difieren sustancialmente entre sí, por lo menos en lo que atañe al grado de su respectiva evolución política. De ahí que Albión se refiera, cuando alega su misión, que la requiere en lugares alejados de las islas británicas, a los Dominios, en cuanto entidades soberanas, a las cuales está ligada por lazos de solidaridad, voluntariamente consentidos, y en tal sentido renunciables, y provistos, por tal motivo, de una posibilidad de vigencia que puede ser indefinidamente prorrogable en el orden del tiempo. Tal supuesto no puede darse a propósito de la Francia ultramarina, donde sería vano indagar respecto a la vigencia de esos elementos que han dado fisonomía específica al tercer imperio británico. La llamada Unión Francesa no cuenta en su seno con Dominios, y la relativa autonomía de que disfrutaban alguno de los elementos integrantes del imperio colonial francés es menos acentuada que la de los Dominios, y, además, tiene un destino tal que es inevitable que más tarde o más temprano esas porciones que integran el imperio colonial francés pasen de la autonomía a la independencia; aludimos a los elementos más adelantados en el camino de su evolución política; pero, aparte esas porciones más o menos autónomas del imperio colonial fran-

cés, que en cierto modo podrían corresponder a los Dominios británicos, restan las porciones imperiales, todavía en grado de supeditación visible a la metrópoli, como sucede, por otra parte, en lo que atañe a Gran Bretaña, con determinados territorios africanos, de los cuales es preciso excluir la Unión de Africa del Sur, las Rodesias y la Costa de Oro, en cuenta estas dos últimas porciones imperiales constituyen Dominios en potencia. Así resultaría que, tanto Inglaterra como Francia, podrían y deberían integrar esas prolongaciones imperiales ubicadas en el continente negro o islas del mismo dependientes en el dispositivo europeo. Geopolíticamente constituiría así Africa el último complemento, capaz de proveer a la Europa occidental de posibilidades de supervivencia, tales que entonces sí que podría decirse que asistimos a la aparición de la tantas veces citada «tercera fuerza». En este sentido la integración o incrustación del continente africano alcanzaría a todas las naciones que conservan en Africa prolongaciones de su soberanía; así Portugal, España, Bélgica, Inglaterra y Francia.

No se arguya en el sentido de que tal incorporación se traduciría en beneficio de aquellos Estados pertenecientes a la comunidad europea que carecen de prolongaciones coloniales y de las cuales fueran despojados al finalizar las dos últimas guerras europeas, como es el caso de Alemania occidental y de Italia. Estos dos países, empujados por la plétora demográfica, han intentado encontrar alivio a tal problema, instalándose en aquellas partes de Africa todavía vacantes. La merma padecida por ambas naciones — una en 1919, otra en 1945 — se debió a que, en lo concerniente a Alemania, aun primaba en Europa el criterio colonialista, torpemente camuflado bajo el sistema de Mandatos, instituido por el artículo 22, apartados 5 y 6 del *Covenant*, y en lo relativo a Italia se originó en el designio de elevar a Libia a la condición de Estado y atribuir a Etiopía, en Eritrea, una salida al mar. Alegaciones no desdeñables, pero a las cuales podía oponérsele el serio reparo de que en el mismo caso que Eritrea respecto de Abisinia se encuentran las Somalías francesa e inglesa, pese a lo cual continúan siendo prolongaciones coloniales de ambas metrópolis. Tales supervivencias son algo así como el eco anacrónico de sistemas coloniales periclitados, y si la rivalidad colonial actuó como elemento perturbador de Europa en el siglo XIX y primeros años del XX (recuérdense tan sólo los nombres de Fashoda, Tánger y Agadir), para evitar que tales agentes de disociación perturben, no existirá otro

recurso que el de integrar ese mundo colonial africano en una Europa federalizada. Así, ante el viejo continente se elevará la imagen aunitiva, a la cual Estados Unidos y Rusia, excluidos de tal empresa de revalorización africana, no podrían oponer reparos.

Dentro del amplio marco europeo, con el margen y la elasticidad de que proveerá al viejo mundo su estructura federal, podría encauzarse la evolución de esos pueblos coloniales, frente a cuya metamorfosis constituiría elemento de evidente comprensión la preexistencia de una Europa orgánicamente articulada y liberada de prejuicios colonialistas.

De tal modo se establecerían lazos de fuerte coherencia entre Europa y África, y en el continente negro no se acusarían los efectos de la acción disociadora, acuciada desde Rusia y encaminada a explotar en beneficio de la U. R. S. S. la explicable inquietud de los pueblos de color, ansiedad tendida hacia el logro de una creciente autonomía. Ese designio, de tan amplios vuelos, constituiría al propio tiempo medio de esquivar, hasta donde ello es posible, el dilema Washington Moscú, disyuntiva que adquiriría más acentuada prominencia si la técnica norteamericana, reflejada en el punto IV del Presidente Truman, se tradujese en la inevitable consecuencia de la intervención, acaso preponderante, de Norteamérica en los problemas africanos, participación que fortalecería la dialéctica rusa (recuérdense las tesis reflejadas en los editoriales aparecidos en *Pravda* e *Izvestia* de 25 de abril de 1953), y facilitaría a la U. R. S. S. su tarea secesionista proyectada hacia los pueblos de color. Empleando una tabla de valores típicamente norteamericanos, diríamos que África constituye hoy el *test* que nos permite inducir respecto de las posibilidades aunitivas del mundo occidental europeo.

Tal desenlace, cifrado en la articulación euroafricana, podría a primera vista desplazar a los Estados Unidos, pero en realidad serviría para reintegrarlos a su específica misión, cual es la de articular el Hemisferio occidental mediante la cooperación igualitaria, y en este sentido desprovista de toda significación hegemónica norteamericana. Bien se sabe que la creciente tendencia europeísta norteamericana se ha traducido en la indescable consecuencia de relegar a segundo plano esa inmensa tarea, encerrando enormes posibilidades de articular el mundo americano, que así se vería fortalecido acentuadamente y constituiría un poderoso elemento de equilibrio de fuerzas, y así como el *test* de la superestructura europea nos lo ofrece lo que puede llevarse a cabo en la



acción concorde en Euráfrica, el otro *test*, no menos trascendente, radica en la coordinación del Nuevo Mundo, ya que al sur de río Bravo se mira, con explicable aprensión, hacia esos planes europeos tendientes a encontrar en Africa el natural complemento de Europa, tanto en lo que afecta a la captación de primeras materias cuanto a la procura de alimentos y al logro de una clientela africana, cuyo nivel de vida, una vez elevado, no sólo contribuiría al aceleramiento armónico de la evolución política de las razas de color, sino que proveería a Europa de una masa de consumidores necesaria para su producción industrial enormemente fortalecida, si algún día rinde sus naturales frutos el denominado *pool* del carbón y del acero. De la preocupación que ha generado en ciertos medios sudamericanos esa posible articulación de un bloque euroafricano, nos ofrece claro testimonio el libro de Carlos Dávila, *Nosotros los de las Américas* (6). En lo que atañe el desvío de los Estados Unidos respecto de Hispanoamérica, dan idea las siguientes cifras: de los créditos solicitados por la Administración republicana al Congreso, para atender a la ayuda exterior, defensa mutua y asistencia técnica, que ascienden a la cifra de 5.828.792.500 \$, sólo se destina de dicha suma a Hispanoamérica 160.234.300 \$.

Nos parece innecesario llamar la atención del lector respecto a la diferencia abisal que separa dos concepciones: una, anaerónica y peñificada —la prolongación temporal del actual sistema colonialista en Africa—, y otra, portadora de inagotables posibilidades —la constitución de un inmenso bloque cooperativo, abarcando la Europa occidental y el continente africano—. El primero constituiría un poderoso agente de dimensiones y de inestabilidad; el segundo, introduciría en la esfera internacional factores de paz, avenencia y creación. Se trata sencillamente, para la Europa de Occidente, del ser o no ser. Esta disyuntiva, que se nos aparece con tales perfiles de evidencia, no ha sido debidamente captada por cuantos, desde Norteamérica, se han erigido en voceros exigentes de la integración europea, y aun cuando tal apreciación pudiera aparecer como recusable, en realidad no creemos que revista tal condición.

8. Una integración de la Europa occidental no puede considerarse como un fin en sí, ya que, aun lograda, carecería de posibilidades bio-

(6) Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1950. Véase especialmente los capítulos titulados «¿Por la ventura?», «Nuestro mundo y otros mundos» y «¿Qué quedó de James G. Blaine?».

lógicas; no se olvide que tal superestructura (económica, política y militar) introducirá en la moderna historia del viejo mundo un elemento inédito, de tal magnitud que la misión de Europa se vería sustancialmente alterada. No se trata tan sólo de una experiencia nueva en los anales del viejo continente, sino acaso inédita en la historia moderna del mundo; en lo que a Europa específicamente concierne, asistiríamos a una auténtica revolución, de tales dimensiones, que carecería de plural a través de todas las experiencias registradas; precisaríamos el sepelio de todos aquellos factores que han determinado lo que ha sido dinámica internacional de las viejas tierras europeas, producto específico de rivalidades seculares, cuya eliminación posible ahora se persigue.

La superestructura que brotaría como consecuencia de la integración del mundo europeo occidental fortalecería de tal modo sus elementos integrantes, que resultaría inevitable el señalar a ese conjunto una misión, que necesariamente rebasaría los límites de esta pequeña punta europea. Pensar en la posibilidad y viabilidad de que coexistan una Europa integrada y un Africa repartida indefinidamente entre los actuales aparentes beneficiarios del colonialismo, constituiría aspiración tan inasequible como el intento de compaginar, dentro de una misma área, lo centrifugo y lo centrípeto. No se diga que esa Euráfrica, aun dentro de sus proporciones mastodónticas, representa un movimiento retractivo y excluyente, una especie de coto cerrado, interpuesto en el camino que pudiera conducir a la integración del mundo.

Lo que acontecería habría de revestir otros perfiles: Euráfrica, cuando sea realidad, constituirá una incitación a otras partes del mundo, para que éstas imitasen nuestras experiencias, articulándose en superestructuras. Así se lograrían dos finalidades: de un lado, rescatar por parte de Europa su misión protagonista; de otro, posibilitar la instauración de un equilibrio de fuerzas, equilibrio no nutrido, como el clásico, por la pluralización de alianzas, como tales, inevitablemente emergentes y episódicas, sino por agregaciones de tipo orgánico, cada una de ellas con posibilidades vitales, condición que permitiría a esa pluralidad de superestructura funcionar de manera armónica y constructiva.

Sospechamos que esa trayectoria, lógico epílogo de toda posible integración europea, ha escapado a la penetración de cuantos en Norteamérica apuntalan la tesis de la confederación europea, ya que tal concepción estadounidense es limitada en el espacio, por cuanto tiende a

facilitar la aparición de la llamada «pequeña Europa» (Italia, Alemania federal, Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo), concepción que si puede y debe defenderse, su justificación ha de buscarse en el desempeño de un papel nuclear, punto de apoyo para desenlazar en Euráfrica, epílogo este último irrealizable, si en esa superestructura no formasen aquellos otros pueblos de Europa, con prolongaciones coloniales africanas y no abarcados por esa pequeña Europa, como lo son Inglaterra, Portugal y España.

Tal alcance y significación atribuimos a la posible constitución de Euráfrica, que sólo a su poder de atracción sería dable señalar una misión: el poner fin al actual insularismo británico, ya que, una vez constituida esa Euráfrica, Inglaterra no podría mantener su actual marginalismo, y, en cuanto potencia africana, tarde o temprano había de ingresar en ese inmenso bloque, cuyo poder de aleccionamiento habría de sentir de modo especial respecto de pueblos superpoblados y superindustrializados, como lo es el británico, al cual se le ofrecerían coyunturas prácticamente ilimitadas en esa organización de alcance bicontinental.

9. En relación con el problema de la integración europea que venimos examinando, consideramos imprescindible aludir brevemente al artículo de Stalin, aparecido en la revista *Bolchevik* del mes de octubre, donde, entre otras apreciaciones, se consigna un juicio de tipo inquietante para el mundo extrasoviético: aludimos a la referencia staliniana, centrada en una afirmación, a cuyo tenor los acontecimientos registrados en el actual período posbélico han implicado como consecuencia la desarticulación del mercado mundial, desconexión que se ha producido, según la versión staliniana, por el hecho de que Rusia ha ampliado en forma mastodóntica sus concepciones autárquicas, extendiéndolas, con audaz ambición, a China, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria.

Stalin pretendía deducir de su tesis que el instrumento básico del imperialismo capitalista, es decir, el mercado mundial, había dejado de ser realidad, y en la misma medida se registraría en el seno del mundo capitalista una agudización de lo que Stalin consideraba como proceso inevitable de total descomposición del mundo extrasoviético. Aun cuando nosotros consideramos que las deducciones por Stalin establecidas tienen más de arma de propaganda política —tanto destinadas a Rusia

como a la exportación — que de realidad próxima, estimamos que esa versión rusa puede constituir un incentivo para cuantos en esta punta de Europa se obstinan en dificultar la integración del viejo mundo.

Menos discutible nos parece afirmar que si Eurásica llega a constituir una realidad, sería Rusia la llamada a registrar los efectos de esa construcción bicontinental, en medida que afectaría de modo directo y visible a sus propósitos autárquicos ideados a escala mastodóntica. Ello por las tres siguientes consideraciones: 1.ª Mackinder cimienta sus construcciones geopolíticas en la imagen de lo que el denominado el «Mundo-Isla», integrado por Asia, Europa y África, cuya constitución situaría en manos del Estado que lograra controlar esa unidad tricontinental —en este caso Rusia— el dominio del mundo. Ahora bien: de las propias concepciones de Mackinder se induce claramente que lo que él denomina «Heartland» —porción de espacio hoy controlado por Rusia—, si bien constituye base esencial de sus concepciones geopolíticas, en esencia no representa otra cosa que un presupuesto necesario para articular el «Mundo-Isla», y si esta última finalidad no resulta asequible, en tal supuesto caen por tierra las concepciones geopolíticas a la U. R. S. S., experimentaría un truncamiento que equivaldría a su impracticabilidad. 2.ª Mackinder, para articular sus concepciones, parte de lo que era realidad cuando las formulara originalmente a principios del siglo XX, más tarde al finalizar la primera guerra europea, y últimamente en el curso de la segunda contienda mundial, a saber, que existiría una Europa occidental, excindida y desarticulada, en función de la rivalidad franco-alemana.

Cuando Mackinder escribía su obra *Democratic Ideals and Reality* (Nueva York, 1947), y más tarde en un artículo publicado en plena guerra europea número dos, sobre lo que el autor denomina el mundo redondo, no era dable predecir que la Europa occidental (la denominada «pequeña Europa») había de orientarse en el rumbo conducente a su posible integración. Ello significa que los presupuestos que Mackinder incluía en el haber de Rusia han experimentado una sustancial transformación, y que la marcha de Rusia hacia la constitución de la llamada «Isla-Mundial», por la U. R. S. S. controlada, se verá entorpecida en la misma proporción en que se acentúe el proceso de orientación de la Europa occidental, encaminado al logro de su articulación económico-política-militar, ya que no es lo mismo proyectar la presión del *Heartland*

sobre una Europa occidental escindida y como tal impotente, que el hacer frente a un bloque occidental, triplemente integrado, cuya aglutinación acrecerá sus fuerzas en tal proporción que su posible absorción por Eurasia resultaría no tan sólo ardua, sino probablemente irrealizable. Es decir, que de la aglutinación o integración de Europa depende el que la predicción de Stalin sobre la irremediable escisión del mercado mundial quede reducida a la nada y en la misma proporción se vea favorecida la causa de lo que Stalin denomina mundo capitalista, cuyo vaticinado proceso de descomposición, presupuesto básico en la dialéctica soviética, se traduciría en su fortalecimiento. 3.ª Los que aun en el Viejo mundo pugnan por mantener la tesis de que Europa no debe renunciar a la posibilidad de reanudar sus relaciones comerciales con el Este, sobre cuyo vaticinio pretenden apoyar su neutralismo y su afán de esquivar el dilema Washington-Moscú, ignoran, al parecer, que la Europa occidental, una vez integrada en el triple orden, económico, político y castrense, constituiría un poderoso y tal vez irresistible elemento de atracción para las naciones satelitizadas del Este europeo, hoy coercitivamente incluídas en la órbita rusa, ya que por muy acentuada que haya sido la tarea encaminada a la comunicación de tales países, no puede ignorarse que tal rusificación es hija de la coacción, y que si ésta se debilita, en la misma proporción se habrá debilitado el satelitismo, y siempre constituye mayor aliciente el ingresar en una organización supranacional, articulada con base a la unión voluntaria y armónica, que el formar, como sumisos Estados satélites, en una superestructura mastodóntica, donde la coacción desempeña el papel que en Occidente se asigna a la unión dentro de la diversidad, aglutinación establecida en torno a la posible realización de una tarea común.

Así asoma una diferencia de visión que no es desdeñable. Aludimos a lo que se ha denominado en Norteamérica *roll-back-policy*, concepción a cuyo tenor la técnica de la política estática, cuyas máximas aspiraciones se cifran en el mantenimiento del *statu quo*, debe ser reemplazada por una política dinámica, táctica de incitación a la secesión producida sobre los pueblos, hoy incluídos dentro de la inmensa área del mundo satelitizado, política que si puede ser defendible en lo que atañe a sus aspiraciones finalistas, no lo es en punto a sus procedimientos, por cuanto Norteamérica no ofrece a esos pueblos subyugados más que la imprecisa y distante esperanza de que los Estados Unidos no se avicnen a con-

siderar como definitiva e irremediable la actual esclavización de esos pueblos, y sobre una vaga esperanza, construída con base en promesas abstractas, de cumplimiento indeterminado, sería difícil cimentar un movimiento secesionista encarnado en esos Estados sometidos.

Por el contrario, la factible integración de la Europa occidental significaría un incremento de posibilidades respecto a la propugnada puesta en práctica de la llamada *roll-back-policy*, ya que, en tal supuesto, la fuerza de atracción del mundo occidental resultaría punto menos que irresistible. Además, así se truncaría el proceso genésico tendiente a la articulación de lo que Mackinder denomina *World-Island*, a cuya proyección atribuye Mackinder posibilidades de alcance cósmico y no sería la tierra firme la que monopolizaría las posibilidades de acción ecuménica, sino que semejante tarea incumbiría al mundo periférico y resultaría inconcebible que esa reinstalación del protagonismo en la esquina de Europa pudiese ser realizado sin la inclusión en el mismo de Inglaterra. Esto quiere decir que si hasta el presente Gran Bretaña goza de un derecho de opción y puede prolongar su marginalismo episódico respecto del continente, tal libertad de maniobra no podría ser prorrogada si el mundo europeo reemplazase el sistema westfaliano del equilibrio político (construído sobre el presupuesto de alianzas coetáneas y potencialmente hostiles) por el de su orgánica integración.

Inglaterra ante una Europa occidental integrada, pese al insularismo británico, no podría ignorar indefinidamente que habían fallado los presupuestos tradicionales de su política internacional, tal y como viene manipulándolos Albión desde los tiempos de Enrique VIII: explotar las rivalidades europeas, controlándolas e interfiriéndolas, siempre que en tierra firme europea asomaba un designio tendiente a la hegemonía, concebida esta última a escala continental. Todos estos presupuestos serían borrados inevitablemente del mapa de la Europa occidental, y tal supresión obligaría a Inglaterra a revisar su política internacional, adaptándola a las nuevas exigencias. Proceder de otro modo equivaldría a que Inglaterra decretase su suicidio.

El lector inducirá de lo anteriormente expuesto cómo discurrimos en función de las grandes unidades superestatales, hacia cuya realización tiende la Europa occidental con visible retraso, tardanza que está exigiendo un esfuerzo decisivo para recuperar el tiempo perdido, exigencia esta última tanto más defendible cuanto que Rusia, aprovechando la co-

yuntura que le brindó la posguerra y retirando provecho de la miopía rooseveltiana, se ha adelantado al mundo occidental europeo, pudo acentuar su marcha hacia la hegemonía y le fué dable imponer, sin réplica, la constitución de un inmenso bloque de coherencia, más aparente que real, que engloba unos 800 millones de habitantes, y cuya debilidad radica precisamente en lo desmesurado de su área.

10. La exposición que antecede no sería completa, ni por tanto aceptable, si para poner término a este estudio no aludiéramos a un factor que reputamos portador de indudable relevancia. En Norteamérica, a fuerza de reprochar al viejo mundo su *parroquialismo*, se ha elevado tal objeción a la categoría de reproche indiscutible. Incluso se llega a sostener, como lo hace Foster Dulles, que sólo merced a la presión norteamericana se logrará salvar, *in extremis*, lo que parecía destinado a un inevitable fracaso, como sucedió siempre, según Foster Dulles, con el tratado instituyendo la Comunidad Europea de Defensa. Juzgamos que es llegada la hora de tomar posición respecto de tales aseveraciones en lo que atañe a las causas que ganaron la tan lamentada y lamentable designación del mundo occidental. A tal objeto séanos permitido enfocar el problema con cierta mínima perspectiva.

Según una tesis considerada como ortodoxa (7), las guerras, en lo que atañe a su duración y a sus posibilidades decisorias, tienen distinta significación y discrepante trayectoria, según que cada uno de los grupos contendientes respondan, respectivamente, a la condición de talasocracias o de geocracias; las geocracias hacían suya la tesis de lo que los alemanes denominaban *Blitzkrieg* —guerra relámpago—; a tenor de esa interpretación, las naciones mediterráneas que entran en beligerencia han de atenerse a una exigencia: que si aspiran a obtener la victoria, ésta debe alcanzarse en la fase inicial de la lucha, a la que imprimirán carácter ofensivo y masivo; si no sucede así y la guerra se prolonga en el orden del tiempo, inevitablemente ello se traduce en la consecuencia de que toda contienda prolongada aporta a los beligerantes que dominan los mares crecientes posibilidades de victoria. Esto es así porque las naciones geocráticas, si bien disponen de un factor inapreciable, cual es el actuar a base de líneas interiores, de imposible truncamiento, téngase

(7) Véase CAMILO BARCIA TRELLES: *Estudios de Derecho de Gentes y de Política Internacional*, especialmente el capítulo titulado «El mar como factor de protagonismo en la política internacional», págs. 437 a 525.

en cuenta que, dominados los océanos por sus adversarios, éstos podrán aislarlas del mundo, en tanto las potencias talasocráticas tendrán los cinco mundos y los siete mares a su alcance y podrán mantener, con poder ofensivo creciente, la guerra, hasta que se produzca el agotamiento y el derrumbe de sus adversarios. Ello explica que las geocracias, especialmente en las dos últimas guerras mundiales, hayan apelado al sistema de las guerras ofensivas y preventivas, eligiendo de antemano el instante preciso para desencadenar su acción bélica y lograr así una decisión rápida, ya que sólo un epílogo inmediato puede situar en sus manos la victoria.

En oposición a lo precedente, podría aducirse lo acontecido en el curso de la última guerra mundial: fué aquella una guerra prolongada, no obstante lo cual implicó el triunfo de una potencia geocrática — Rusia—, pese a que la U. R. S. S. debió hacer frente a una contienda dilatada en el tiempo (de 1941 a 1945). Quienes arguyen en el sentido apuntado, olvidan algo que encierra indudable relevancia, y es que Rusia, desde que fué beligerante, luchó aliada con Inglaterra, y a partir de 1941 con Norteamérica. Resultaba así que las dos grandes talasocracias citadas pudieron evitar el cerco de Rusia por parte de Alemania y proveer a la U. R. S. S. de armas y municiones y pertrechos de guerra, tanto a través de Persia como utilizando la vía marítima nórdica.

De todo lo cual se induce que la guerra de 1939 a 1945 no es una guerra que opusiera las talasocracias a una geocracia, sino que enfrentó al III Reich con una coalición, integrada por una gran geocracia y dos poderosas talasocracias. A lo anteriormente aducido se añade que la propia estructura política de las democracias les veda desencadenar guerras ofensivas o preventivas, lo cual significa que la iniciativa de la guerra se vincula indefectiblemente a las geocracias, atraídas por el engañoso señuelo de la eficiencia de las guerras-relámpago, que hasta el presente han fallado incuestionablemente.

Lo que hay de ortodoxia en la anterior versión parece confirmarse con lo que sigue: la Europa occidental sabe que, frente a la ofensiva de 250 divisiones rusas, bien poco representarían las 60 divisiones de la O. T. A. N.; una vez más el éxito inicial correspondería a la nación geocrática: nuevamente Europa occidental sería invadida y ocupada militarmente, y habría que proceder a una nueva liberación, imagen que causa espanto en el ánimo de los europeos occidentales y les induce a



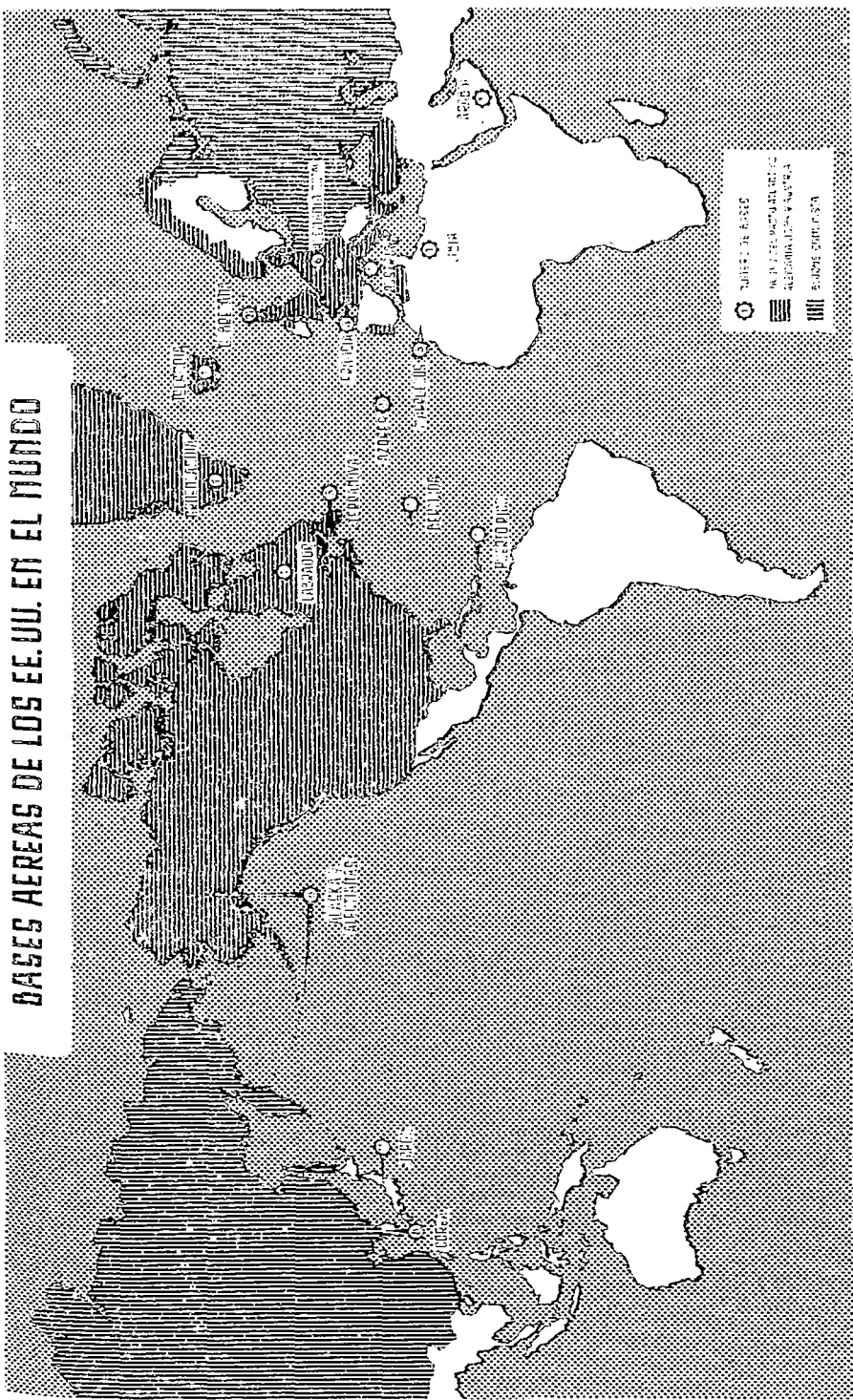
pensar si no sería preferible renunciar a la defensa de sus tierras, para que sobre ellas no cayera la maldición de la tierra calcinada. Así, se arguye, el mundo occidental se convertiría en campo de batalla, primero al ser invadido y más tarde, si ello fuese factible, al ser liberado. Ello sería la consecuencia de la tesis tradicional: la victoria se inclinaría del lado ruso o del norteamericano, según la guerra fuese corta o dilatada.

Frente a tal versión, que a primera vista parece afortunada, hemos de tener presente que la historia no se reitera indefinidamente, y sobre la técnica bélica, más que en ningún otro aspecto, proyectan su influencia los progresos de la ciencia al servicio de la destrucción. Es así como se ha generado una nueva tesis respecto a cómo habrá de desarrollarse una futura guerra, tesis que interesa conocer en sus esenciales trazos, en relación con el problema de la integración europea que estamos analizando. A tal efecto se asienta como tesis básica la siguiente: caso de estallar una guerra, no presenciáramos una contienda de prolongada duración; antes bien, la decisión habría de obtenerse en las semanas iniciales de la lucha. Veamos cómo se articula esta tesis innovadora.

La futura guerra se iniciará por sorpresa, no como la nipo-norteamericana, mediante un ataque relámpago sobre Puerto de las Perlas, sino con lo que se denomina un Pearl-Harbour aéreo, por parte de Rusia, a la cual se profetiza como potencia agresora. De ahí que los norteamericanos crean que la guerra se iniciará con un ataque aéroatómico ruso sobre Nueva York, Chicago y Detroit, con el objeto de inutilizar los centros vitales estadounidenses, y así como en las dos pasadas guerras europeas las batallas decisivas se registraron en un período avanzado de la lucha, ahora el que resuelva en su favor la primer acción aérea será el vencedor. Frente a esa ofensiva aérea por sorpresa, desencadenarán los norteamericanos sus contraataques atómicos, fase helica que sólo durará unas semanas.

Es decir, que se desarrollarán dos acciones militares de desigual duración y de diferentes posibilidades epilógicas, una en el continente europeo, entre los efectivos de la O. T. A. N. y el ejército ruso, otra intercontinental, mantenida por las fuerzas aéreas de Rusia y de los Estados Unidos. Ambas batallas serán simultáneas, y la suerte de Europa penderá más acentuadamente de la decisión aérea que de la terrestre. El ataque aéreo ruso provendría de Siberia o de un lugar del Ártico. Para desencadenarlo los rusos utilizarán sus 400 aviones TU-4, versión moder-

# BASES AEREAS DE LOS EE.UU. EN EL MUNDO



nizada del B-29 norteamericano, empleado para proceder al bombardeo atómico de Hiroshima, que demolió cinco kilómetros cuadrados de área urbana y mató o hirió a 100.000 habitantes. En 1955 la Air Force norteamericana dispondrá de 126 escuadrillas, entrando entonces en acción el bombardero pesado del porvenir, la strato-fortaleza Boeing B-52, con ocho propulsores de reacción; hasta esa fecha seguirá en acción el B-36, con una capacidad de vuelo de 16.000 kilómetros, con techo de 16.000 metros y velocidad de 700 kilómetros por hora. Se está procediendo a la construcción de bombarderos medios, los B-47, con motores a reacción, radio de acción de 4.000 kilómetros y velocidad de 950 kilómetros por hora. Esos aviones portarían bombas de 50 kilotons, y algunos la bomba gigante de Eniwetok, de 120 kilotons. Como el poder expansivo de cada kilotón equivale al de mil toneladas del explosivo corriente, las bombas de 120 kilotons equivalen a una explosión de ciento veinte mil toneladas del llamado explosivo clásico.

Ahora bien: la aviación de tipo atómico, del mundo occidental, está exclusivamente controlada por los Estados Unidos, para lo cual cuenta con el «Strategical Air Command» (S. A. C.), cuyo cuartel general se halla instalado en Omaha-Nebraska; depende exclusivamente del Pentágono y del mando directo del Presidente de los Estados Unidos. El S. A. C. cuenta con bases y cuarteles en Estados Unidos, Groenlandia, Alaska, Islandia, África del Norte, Arabia Saudita e islas del Pacífico; en total doce bases norteamericanas y 25 instaladas en lugares estratégicos, periféricos y extraamericanos. De la acción que, en su caso, se reserva a la S. A. C., nos dice el general Vandenberg: «El S. A. C. nos permitirá sobrevivir a la fase a la vez inicial y crucial de la guerra; sin la existencia del S. A. C. Rusia habría invadido ya Europa. Rusia puede ser pulverizada.» Y el secretario del Aire norteamericano decía: «Nuestra aviación estratégica es el brazo que portará la bomba atómica al corazón del territorio enemigo cuya agresión hubiéramos padecido; su misión consistirá en destruir las bases del enemigo, sus campos preparados para aviones de bombardeo a gran distancia, su potencia industrial y sus instalaciones militares.» Ahora bien: así como los organismos de la N. A. T. O. son interaliados, los del S. A. C. son exclusivamente norteamericanos. Los planes de la N. A. T. O. están concebidos a escala continental, los del S. A. C. a escala intercontinental, pero centrados estos últimos en Omaha y obedeciendo a órdenes expresamente norteamericanas.

Tal realidad engendra consecuencias de indudable alcance: Europa, mantenida al margen de la organización aero-atómica norteamericana y desligada en absoluto de la misma, no sabe exactamente a qué atenerse. El mando general de la N. A. T. O. (8) nada sabe de la organización de Omaha, y ante tal ignorancia son previsibles dos reacciones europeas: o sobrestimando la eficiencia de las armas atómicas norteamericanas basarse en tal errónea estimación, como pretexto para atenuar su esfuerzo de rearme, o, subestimándolo, caer en un integral pesimismo, contribuyendo así al fortalecimiento del neutralismo europeo o al afianzamiento de la desesperanza, que sería la versión agravada de aquél.

Es ahora cuando resulta ya adecuado reanudar nuestras consideraciones en torno al problema de la integración del mundo occidental, auténtica idea fija de los norteamericanos. A los que propugnan la necesidad de semejante integración, quisiéramos formularles una pregunta: ¿cómo es concebible y practicable una integración si actúan sin conocer mutuamente sus medios y sus posibilidades los mandos de la N. A. T. O. y del S. A. C., sobre todo si a esta última organización se le atribuyen caracteres decisorios, en el supuesto de estallar la guerra mundial número tres? ¿Cómo articular planes defensivos de conjunto si O. T. A. N. y S. A. C. no cuentan con un organismo superior que enlace y acople sus respectivas actividades? ¿No se introduce así en los planes de rearme occidental un peligroso elemento de indeterminación, por ausencia de acción coordinada y preestablecida? ¿Qué diferencia sustancial pueden encontrar los norteamericanos si establecen un parangón entre la explicable perplejidad de Europa occidental, duda engendrada por desconocer los planes del S. A. C. y la desintegración que ellos dicen combatir y que reprochan a Europa? ¿Cómo establecer una imprescindible articulación de fuerzas entre Europa y Norteamérica, mientras para el viejo mundo resulta ser una incógnita lo del S. A. C.? De dos sistemas defensivos y reactivos a la vez, en lo que atañe al orden dimensional, parece primar el intercontinental respecto del continental, y como el primero puede dejarse a la exclusiva responsabilidad de un organismo hermético, que se resiste a entablar un diálogo, este último la considerará siempre Europa como imprescindible.

No se olvide a este propósito a qué extremos peligrosos puede llevar

(8) Empleamos indistintamente los términos N. A. T. O. (North Atlantic Treaty Organization) y O. T. A. N. (Organización Tróatlo Atlántico Norte).

la tesis que denominaríamos de la mitología aeroatómica. Recuérdese a este efecto cómo se ha generado en Norteamérica lo que nosotros denominábamos polémica de los almirantes (9), polémica engendrada por la mitología aeroatómica, que parecía implicar el relegamiento de la marina —especialmente de los portaaviones—, e ignorar que la marina de guerra puede y debe ser arma decisiva en toda contienda moderna. Todo ello lo posibilita el carácter herméticamente secreto de que se ha rodeado, lo que constituye el dispositivo atómico norteamericano, y en este sentido debe considerarse como un poderoso agente de desintegración del mundo occidental en lo que atañe a su organización defensiva.

Ese elemento de evidente desvinculación que representa la existencia y actuación autónoma del «Strategical Air Command», o S. A. C., no fué, al parecer, valorado en su exacta significación por los norteamericanos, que actuaron como detractores de la reprochada y para ellos incomprendible desintegración del mundo occidental europeo. De ahí la pertinencia de consignarlo, a los efectos de que en la orilla americana del Atlántico se perciba cuán necesario resulta el incrementar la comprensión respecto de los problemas europeos, ya que de persistir el actual unilateralismo exegético sería adecuado recordar a los norteamericanos, según el viejo adagio español, que es frecuente achague el que consiste en ver la paja en el ojo ajeno y no percibir la viga en el propio.

Es tanto más inquietante esa distraída visión norteamericana cuanto que a la acción de la fuerza aérea, controlada desde Omaha, se atribuyen consecuencias que, de ser ciertas, supondrían una alteración sustancial de lo que ha sido estrategia rusa desde hace siglos. Los rusos de hoy, en trance de exaltar sistemáticamente y fortalecer las viejas y lejanas tradiciones, sostienen la tesis siguiente: Rusia cuenta con un arma dimensional, no secreta pero sí eficiente: la distancia; tal artillugio básico ha sido manipulado desde la remota edad de Escitia ya que entonces se aplicó victoriosamente frente al rey persa Darío; después fué empleada, con no menos eficiencia, frente a la invasión de Segismundo de Polonia, Carlos XII de Suecia, Napoleón I y Adolfo Hitler. Consiste dicha arma en retirarse ante el avance, engañosamente triunfal, de los invasores, dejando a las espaldas la tierra calcinada sembrada de guerrilleros beligerantes: se lograba así incrementar la distancia que separaba a los

(9) Véase CARLOS BARRIA TRELLIS: *El Pacto del Atlántico*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1950, cap. VI del Pacto Atlántico y la guerra atómica, págs. 137 a 193.

invasores de sus fuentes de aprovisionamiento, impedirles que pudiesen vivir a expensas del país ocupado y situarlos ante la impresionante realidad de una tierra desolada, a lo largo de la cual perdía progresivamente en eficacia el cordón umbilical que conectaba al invasor con sus servicios de intendencia; cuando el factor lejanía había rendido sus frutos, se iniciaba la contraofensiva, que terminaba en desastre para el invasor y convertía la retirada de éste en una irreparable catástrofe.

Ahora se nos asevera, por parte de quienes dicen conocer la fuerza y las posibilidades del S. A. C., que sería la bomba atómica o la bomba H la encargada de calcinar, no sólo los grandes centros urbanos rusos, sino sus poderosas y, como tales, imprescindibles plantas industriales.

Esto aparte la hoy evidente superioridad numérica de los ejércitos rusos, parangonados con los de la Europa occidental, convertiría a aquéllos indefectiblemente en invasores del mundo occidental, con un avance que se profetiza de espectacular; en tal posición sería ésta la primer experiencia de dicho género realizada por Rusia; así los efectivos de la N. A. T. O. serían los que habrían de batirse en retirada, por lo cual Rusia, al avanzar, se alejaría progresivamente de sus fronteras nacionales; serían entonces las bombas atómicas, lanzadas desde las estratofortalezas Boeing B-52, las que desempeñarían la misión que hace siglos idearan los escitas, y si todo resultaba de acuerdo con las predicciones norteamericanas, serían los rusos los prisioneros y las víctimas de esa lejanía que tan adecuadamente sirviera a sus designios en cuatro experiencias históricas. Si todo se produce a tenor de las anticipaciones referidas, el desastre ruso sería de colosales proporciones y la U. R. S. S. se vería derrotada en forma aplastante y sin inmediatas posibilidades de recuperación.

Nosotros ni asentimos ni discentimos en lo que atañe a la fortaleza dialéctica de esa versión, a tenor de la que la guerra atómica tendría efectos decisivos ciertos; solamente nos anima el siguiente propósito: si la guerra aeroatómica que los Estados Unidos pueden desencadenar es portadora de posibilidades epilogales; si, como afirma el general Curtis le May, jefe de las fuerzas aéreas del S. A. C.: «Si la guerra estallase, yo estaría volando sobre Moscú a vuestro frente en el primer día de la contienda y regresaría de Moscú», ¿cómo un dispositivo aéreo de tales posibilidades epilogales puede constituir monopolio norteamericano e ignorado, por lo menos en sus detalles técnicos, por aquellos en cuyo be-

neficio y ayuda ha de ser utilizado? ¿No parece imprescindible que, por lo menos entre los jefes de la O. T. A. N. y del S. A. C., se estableciese coordinación, para decidir del volumen del rearme europeo, en función de la ayuda del S. A. C.? Si, con razón, se ha reprochado a la U. R. S. S. la práctica de una política de sistemática suspicacia respecto de los designios occidentales, con mayor motivo debe considerarse inexplicable ese misterio acroatómico norteamericano, hermético, incluso respecto de los jefes de la O. T. A. N., de la S. H. A. P. E. y de la C. E. D. En tanto esa integración interaliada no llegue a ser realidad, parece inadecuado que los norteamericanos aludan, con ademán de reproche, a lo que ellos reputan de indisculpable desintegración del mundo occidental europeo.

II. Otros obstáculos parecen interponerse en el camino conducente a una posible integración, no ya de la denominada «pequeña Europa» o la de los seis, sino a la inclusión de Francia, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo en una organización superestatal, mecanismo que, por otra parte, carecería de posibilidades de vigencia, tanto si Alemania se inclinase hacia el Este, tanto si al fin se alinease en el dispositivo de la C. E. D. El obstáculo a que nos referimos está determinado por un sistemático afán de especular en torno a cuáles puedan ser los designios rusos tras la sustitución de Stalin por Malenkov. Esto que llamaríamos obsesión especulista, donde parece haber prendido más acentuadamente es en ciertos medios franceses, y un síntoma de tal orientación nos lo ofrece Mauricio Duverger (*Le Monde*, 2 de mayo de 1953), en un artículo titulado «Si la France osais parler...», rótulo que es prueba evidente de cómo en Francia se galvaniza una propensión, ideada con el propósito de asistir a un protagonismo, de cuyo irremediable anacronismo no parecen darse cuenta sus animadores dialécticos.

Veamos, ante todo, lo que Francia diría si se decidiese a hablar, según la versión de Duverger. No debe especularse tan sólo en torno a lo que Malenkov manifieste con la vista puesta en Rusia, ya que Rusia, inevitablemente, habrá de producirse en función de las reacciones o de los propósitos occidentales. Si más acá del telón de acero se fortaleciese la tesis de una Alemania neutral y unificada, Rusia podrá considerar que tal desenlace justificaría su abandono de la Alemania del Este, tanto más cuanto que un epílogo de semejantes características reduciría a la nada

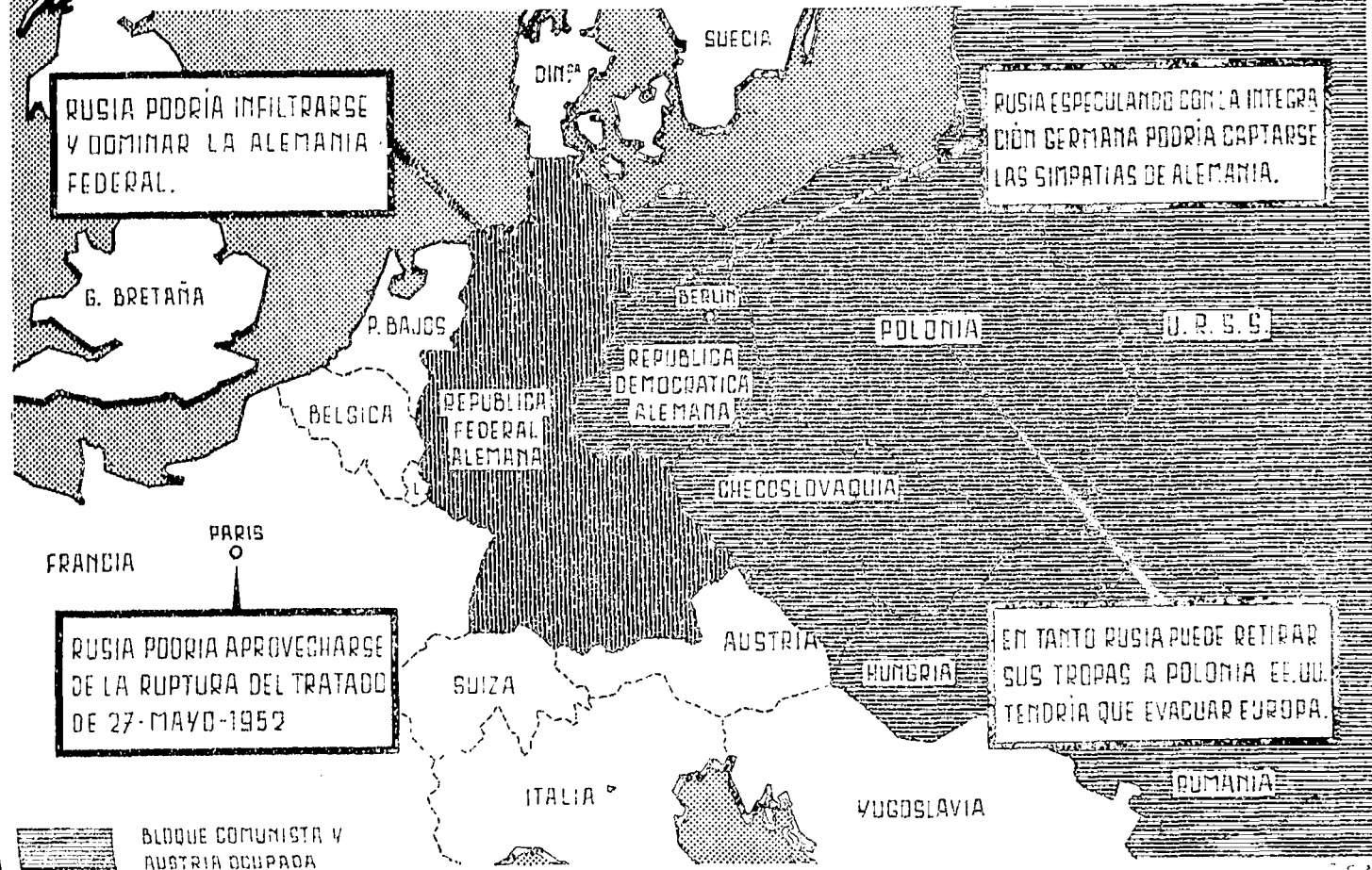
el prestigio de Adenauer en su papel de caballo de Troya norteamericano en Europa occidental, resultado que supondría para Rusia un éxito, si no aplastante, por lo menos prominente, ya que la U. R. S. S. sólo tendría frente a sí una Norteamérica instalada en las zonas periféricas de los mundos europeo y africano.

Hay en los entresijos de la tesis que dejamos resumida una evidente rusofilia, no sabemos si consciente o inconsciente, de la cual resultaría que, tratando de reinstalar en Europa el protagonismo francés, o como allí se dice, dándole coyuntura para demostrar hasta dónde llega su vocación mundial, quien realmente saldría fortalecida sería Rusia, contando para ello con la plural ventaja de una Alemania neutralizada y de una pequeña Europa inerte y dispersa, al desvincularse de lo que un día llegará a ser el IV Reich. Véase a qué extremos sorprendentes puede conducir el afán de instalar el «dirigismo» francés, ya que en este caso Francia posibilitaría sencillamente la preeminencia de Rusia.

Concretemos la precedente versión francesa, recordando cómo, para articularla, se barajan tres factores: Rusia, la C. E. D y la neutralización alemana. Considerada esa trilogía, dos cosas deben ser tenidas en cuenta: 1.ª La C. E. D. se ha generado como una réplica a la Rusia de Stalin; ahora bien: ¿sigue teniendo razón de ser esa réplica frente a la Rusia de Malenkov? ¿No parece haberse aproximado más a la tesis de la unificación alemana? ¿No debe, por tanto, entrar en función la cláusula tradicional *omnis conventio interpretatur rebus sic stantibus*? 2.ª Si Rusia no se muestra inclinada a aceptar la unificación alemana, entonces nada se opondría al rearme de la Alemania de Bonn. En suma: ni aceptar la C. E. D. sin que antes se intente la consecución de la unidad alemana, ni arrinconarla indefinidamente en espera de que Rusia se decida a salir de su indeterminación, ya que Francia puede evitar que tal situación flúida se prolongue indefinidamente, para lo cual debe ser ella quien tome la iniciativa, sugiriendo a Rusia elecciones libres en Alemania, bajo control neutral, formación de un gobierno central, conclusión de un tratado de paz, estableciendo la neutralización de Alemania, con la garantía de la U. R. S. S. y de Norteamérica, y evacuación de las tropas ocupantes. Tal propuesta merecería el asentimiento de una Europa occidental, deseosa de poner fin a una situación que implica el utilizarla como objeto inerte y amorfo, especie de pelota de tenis, destinada a ser impulsada por las raquetas rusa y norteamericana. Para completar



# POSIBILIDADES RUSAS ANTE UNA ALEMANIA REUNIFICADA



RUSIA PODRÍA INFILTRARSE Y DOMINAR LA ALEMANIA FEDERAL.

RUSIA ESPECULANDO CON LA INTEGRACIÓN GERMANA PODRÍA CAPTARSE LAS SIMPATÍAS DE ALEMANIA.

RUSIA PODRÍA APROVECHARSE DE LA RUPTURA DEL TRATADO DE 27-MAYO-1952

EN TANTO RUSIA PUEDE RETIRAR SUS TROPAS A POLONIA EE.UU. TENDRÍA QUE EVACUAR EUROPA.

BLOQUE COMUNISTA Y AUSTRIA OCUPADA

cuanto encierra de seductor dicho cuadro, tener presente, termina diciendo Diverger, que esa tan propugnada neutralización alemana conduciría a la «*constitution progressive d'un galeis europeen entre les deux empires*».

Prescindamos de la explicable estupefacción que nos ha producido la lectura de los argumentos que hemos resumido con la fidelidad a nuestro alcance, y limitémonos a consignar algunas consideraciones: antes de que la C. E. D. fuese proyecto pendiente de ratificación, ya había nacido el Pacto del Atlántico, cuyos motivos genésicos no son sustancialmente distintos a los que engendraron el Tratado de París de 27 de mayo de 1952; por tanto, las razones que se invocan para considerar que la C. E. D. no es más que un ademán reactivo ante la amenaza soviética, valen igualmente para sostener lo propio respecto del Pacto del Atlántico (véase el artículo 3.º), y si ante esa supuesta alteración de táctica, encarnada en Malenkov, puede ser indicado el no poner en acción la C. E. D. —todavía pendiente de ratificación—, lo mismo debe aconsejarse en lo que atañe al Pacto del Atlántico. Supongamos, por tanto, que Malenkov acepta las propuestas enumeradas (elecciones libres en Alemania, bajo control neutral, formación de un Gobierno central alemán, firma de un tratado estableciendo la neutralización de Alemania, con la garantía ruso-norteamericana, y retirada de las tropas de ocupación); en ese caso, despojada la incógnita alemana, nadie podría pensar en la prolongación de la vigencia del Pacto Atlántico, ni propugnar la ratificación del tratado instituyendo la Comunidad Europea de Defensa. ¿Cuál sería el destino de esta nueva y extraña Europa, nacida de una gestión dialéctica operada en las mentes francesas? Sencillamente esto: una Rusia más hegemónica que la actual, una Europa occidental desguarnecida y una Alemania neutral a la cual se le atribuiría un papel semejante al de Suiza, o al que se asignaba en otro tiempo a Luxemburgo y a Bélgica. ¿Cómo explicar que el temor a la reaparición de una *Wehrmacht* pueda conducir a estos sorprendentes epílogos? La historia no nos ofrece ni un solo ejemplo de neutralización de un país de las dimensiones, del dinamismo y de la potencialidad industrial de Alemania, carencia de precedente explicable, por cuanto el sistema de neutralización no puede aplicarse a un país que, situado en el corazón de Europa, viene desempeñando un papel destacado desde el día en que fuera realidad su unidad política, e incluso a contar del advenimiento al trono de Prusia de Federico el Gran-

de. El mismo *slogan* germano actual, *ohne uns*, de cuya significación hemos tratado oportunamente (12), y que refleja una inclinación a desentenderse del dilema Este-Oeste, sólo podría ser realidad en una Alemania estática, conservadora, al estilo de la que Bismarck imaginara, tras sus victorias sobre Austria y Francia, ya que, más pronto o más tarde, Alemania, reunificada, sentiríase inconteniblemente inclinada a practicar la *Weltpolitik*, actividad inseparable de toda nación con posibilidades imperiales. Esa neutralización alemana no sólo representaría un obstáculo opuesto a una posible integración europea, sino que agravaría esta inquietante situación de desequilibrio posbélico, cuya acentuación, en beneficio de Rusia, sería realidad, en el supuesto de instalar en el corazón de Europa una Alemania sin zonas de ocupación, neutralizada, desarmada y reducida al desempeño de un papel marginal, incompatible con su gloriosa historia y con las posibilidades que aún le brinda el porvenir.

En suma, si no se encuentra un elemento de aglutinación europea, provisto de cierta permanencia, no sería posible derogar cuanto, a partir de 1948, viene llevándose a cabo con el propósito de organizar la defensa de Europa, no dirigida específicamente contra nadie, pero sí potencialmente destinada a impedir que puedan desencadenarse impunemente una agresión.

Especular en torno a nostalgias de un dirigismo de imposible reinstalación, es trabajar por la entrega de Europa a un potencial agresor, y sería éste un precio excesivamente elevado para que el mundo occidental, situado fuera de esos sectores por donde vaga el fantasma de un dirigismo anacrónico, se aviniese a satisfacerlo. Tales especulaciones son excesivamente onerosas, aun cuando otra cosa piensen quienes, navegando a bordo de una paradoja, pugnan, de un lado, por galvanizar su protagonismo, y de otro, cuando se ven situados ante la inminencia de realizar la misión que el destino dicen asignarles, parecen no encontrar otra ruta que la suicida y condenable de la inhibición, que sustancialmente equivale a patrocinar la deserción respecto del mundo occidental.

CAMILO BARCIA TRELLES.

---

(10) Véase CAMILO BARCIA TRELLES: *El problema de la unidad del mundo posbélico*. San Paulo, 1953.

## II. - NOTAS

